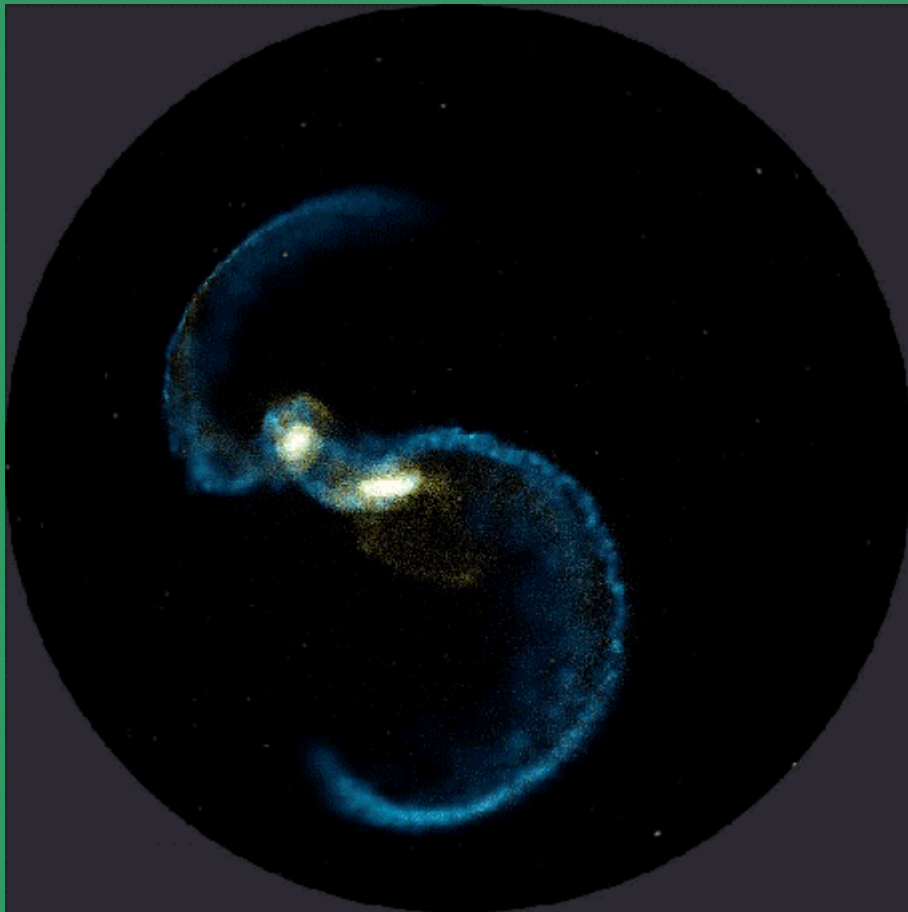


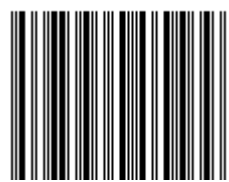
Alfa Eridiani

Revista de Ciencia-Ficción

Año 0. Número 1. Septiembre-Octubre 2002



ISSN: 1695-1859





Alfa Eridiani es una revista amateur de ciencia-ficción sin ánimo de lucro y su único fin es la difusión cultural. Su aparición es bimensual.

Cualquier colaboración (relatos, biografías, reseñas de libros, cartas al director, viñetas gráficas, cómics ... cualquier otra cosa relacionada con la ciencia-ficción) siempre será bienvenida en alfaeridiani@yahoo.es.

Aviso Legal Importante:

Los contenidos de la presente revista, sea cual sea su naturaleza, conservan todos los derechos asociados al © de su autor. El autor, único propietario de su obra, cede únicamente el derecho a publicarla en ALFA ERIDIANI. No obstante, los derechos sobre el conjunto de ALFA ERIDIANI y su logo son © de José Joaquín Ramos de Francisco.

Queda terminantemente prohibida la venta o manipulación de este número de ALFA ERIDIANI.

No obstante se autoriza a copiar y redistribuir la revista siempre y cuando se haga de forma íntegra y sin alterar su contenido. Cualquier marca registrada comercialmente que se cite en la revista se hace en el contexto del artículo que la incluya sin pretender atentar contra los derechos de propiedad de su legítimo propietario.

ÍNDICE:

EDITORIAL	2
CUENTOS.....	3
VIAJE A LA ETERNIDAD	
Por José Carlos Canalda.....	3
LA TRAVESÍA	
Por Francisco José Súnier Iglesias ..	8
ARTÍCULOS.....	30
UN DENSO CADÁVER	
Por Jacobo Cruces Colado.....	30
EL NACIMIENTO DE "CASA DE MUÑECAS"	
Por Michel Cournot	37
BIOGRAFÍAS	39
GEORGE ALEC EFFINGER	
Por José Joaquín Ramos de Fco ...	39
CÓMIC	41
SIN PALABRAS	
Argumento: John Siwen.	
Dibujos: Cucha	41
NOTICIAS.....	44
El tercer nombre del emperador ..	44
Curso de ciencia-ficción	46
Premios locus 2002.....	47

ZONA DE DESCARGA: [HTTP://WWW.ANGELFIRE.COM/FREAK/ALFAERIDIANI/](http://www.angelfire.com/freak/alfaeridiani/)

E-MAIL DE CONTACTO: ALFAERIDIANI@YAHOO.ES

LISTA DE COLABORADORES: ALFAERIDIANI@YAHOOGROUPS.COM



Editorial

Siempre me ha fascinado el mundo de la ciencia-ficción y desde muy pequeño he querido introducirme en este mundillo. Lo que no sabía es que fuera tan fascinante editar un fanzine. Al principio surge como una idea peregrina que poco a poco va tomando cuerpo gracias a los amigos y a la ilusión de otras personas que han aportado su esfuerzo y sus ideas para que este proyecto salga adelante. El resultado es la revista que tienes en tus manos o lees en tu ordenador. Espero que os guste. Defraudarás a muchas personas.

Por otro lado, la revista está abierta a cualquier aficionado a la ciencia-ficción que quiera expresar sus ideas en cualquier formato a través de estas páginas. La idea original es que contenga un poco de todo (relatos, novelas inclusive, reseñas de libros o películas, cómics, cartas al director ...). Si me llegan cortos o canciones ya veremos como las distribuimos.

Por un momento, me siento tentado a describiros el contenido, pero eso es mejor que lo veáis por vosotros mismos. Acabaré animándoos de nuevo a que enviéis a la revista vuestras colaboraciones.

**ESPACIO
DESTINADO
A
PUBLICIDAD**



Cuentos

VIAJE A LA ETERNIDAD

Por José Carlos CANALDA

Siempre me han fascinado los viajes espaciales, la abrumadora sensación de sentirse perdido en el rutilante universo... Por lo que en este relato me limité a extrapolar esta sensación a una situación límite buscando reflejar el desvalimiento de la especie humana frente al cosmos infinito. Si alguna moraleja se pretende encontrar en él, no ha de ser otra que la de la obligación de ser humildes aceptando nuestro insignificante lugar en la vastedad de la Creación.

Estrellas. Miríadas y miríadas de estrellas. La vieja, la eterna situación se repetía. Y entonces supo que habían fracasado de nuevo.

-Programen el ordenador para el próximo salto. -Ordenó- Yo estaré en mi camarote.

-¡Pero capitán! -Exclamó el navegante- Aún no sabemos si el salto ha sido positivo; el ordenador todavía está verificando los datos.

-Será inútil. -Respondió al tiempo que abandonaba la cámara- Es completamente imposible adivinar la menor configuración estelar en medio de tamaño caos.

Minutos después, en la soledad de su camarote, se avergonzó de su anterior arrebato. Como capitán de la nave él era el único al que no le estaba permitido desfallecer; y sin embargo, cuan dura era la prueba a la que el destino le había sometido. De repente Andrés Ordóñez, capitán de la nave exploradora Perséfone, comenzó a llorar en silencio.

¿Cuánto tiempo había pasado? Nadie lo sabía, nadie lo quería saber. Tan sólo el ordenador llevaba la cuenta exacta, pero ninguno de ellos se había atrevido a preguntárselo. Ya no importaba. Sumidos en la inmensidad del cosmos, todo patrón humano resultaba inútil. Ellos morirían y sus cadáveres se convertirían en polvo mientras las estrellas continuarían inmutables hasta el fin de la eternidad. Y ellos lo sabían.

Recordaba. Fueron días de euforia, días de optimismo y de inmensa alegría. El Destino les había ofrecido la gloria de protagonizar el mayor acontecimiento científico desde el descubrimiento de América, y ellos aceptaron el reto con orgullo, con ese infinito orgullo que siempre había caracterizado a la audaz estirpe humana. De una forma súbita, de la manera inesperada en la que siempre tienen lugar los fenómenos más trascendentales de la historia de la humanidad, el síndrome de Einstein había sido por fin vencido. La vieja Tierra ya no estaba sola. Se había abatido la gran barrera y el cosmos se presentaba ante los ojos del siempre inquieto hombre como una fruta madura lista para ser cogida.



La historia abría nuevas páginas celosamente guardadas hasta entonces, páginas vírgenes de toda escritura. Eran plenamente conscientes de que a ellos les correspondía escribir con letras de oro la mayor epopeya jamás soñada por mente alguna. Y el hombre, por vez primera, creyó.

Fueron días felices. Conscientes de su misión histórica unieron sus esfuerzos en aras de un logro común. Y la Perséfone, la astronave que abriría a la humanidad las puertas de las estrellas, fue al fin un hecho. Así de sencillo; tan simple que muchos se negaban a creerlo. Pero la Perséfone era ya una tangible realidad y pronto sería lanzada al espacio en su primer viaje experimental, viaje que transportaría a los hombres hasta más allá de la eternidad.

-¡Qué cruel ironía! -Se lamentó amargamente hundido en su patética soledad- Tantos desvelos, tantos esfuerzos... Para nada.

¿Para nada? No, en modo alguno; ni tan siquiera les había quedado el supremo recurso de la duda. Muy al contrario, el éxito de la misión había sido rotundo si se ceñían a la distancia recorrida por la astronave. Demasiado rotundo, para desgracia de sus desesperados tripulantes.

Ellos habían sido los elegidos, los privilegiado astronautas que se convertirían en los primeros seres humanos que hollaran los planetas vírgenes de las remotas estrellas. En sus manos estaría el triunfo de su inquieta especie, el logro más definitivo desde el descubrimiento del fuego. Y ellos aceptaron orgullosos su tremenda responsabilidad a sabiendas de que en sus manos estaba el futuro de varios miles de millones de personas.

Todas las operaciones preliminares se desarrollaron con la precisión prevista. Y por fin, el momento del despegue llegó. Éste fue normal, en nada diferente de los rutinarios vuelos que desde las bases terrestres partían hacia los más remotos lugares del sistema solar; pero el destino de la Perséfone era bien distinto. Abandonando el plano de la eclíptica apenas hubo dejado atrás la protectora atmósfera del planeta natal de la estirpe humana, la primera astronave interestelar de la historia terrestre se sumergió en las profundidades galácticas en busca de su remoto destino.

El viaje supondría, no obstante, un desplazamiento infinitesimal respecto de los parámetros galácticos, apenas cuatro parsecs... Necesariamente tenía que ser así, puesto que si bien no parecían existir limitaciones teóricas o técnicas a la velocidad supralumínica de la astronave, la prudencia más elemental recomendaba recorrer tan sólo una distancia limitada que permitiera calibrar el desplazamiento de la Perséfone merced a la variación de paralaje de las estrellas más próximas. Considerándose asimismo la conveniencia de que la meta del viaje estuviera marcada por la cercanía de una estrella de fácil identificación, fue elegida para tal fin la catalogada con la letra Tau de la constelación la Ballena, una estrella gemela del sol terrestre situada a una distancia del mismo lo suficientemente próxima como para hacer viable el programa previsto para el viaje.



Pero algo había fallado. ¿El qué? Quizá nunca la sabrían. La Perséfone utilizaba un método de propulsión que jamás había sido experimentado antes, método que se basaba en las revolucionarias teorías físicas sobre el Campo Unificado que habían dejado obsoleta a la antigua Teoría de la Relatividad explotando las consecuencias, aún no demasiado bien comprendidas, de todo un nuevo campo de la Ciencia no sólo desconocido hasta entonces, sino ni tan siquiera intuido. Quizá alguna otra especie inteligente hubiera aguardado pacientemente hasta que el desarrollo de los nuevos conceptos científicos se hubiera visto culminado; pero el hombre era un ser audaz demasiado audaz para resistir incólume a la tentación cósmica que ante él se abría.

En su intemporal viaje habían tenido ocasión de contemplar por vez primera extraños fenómenos jamás sospechados por mente humana alguna, manifestaciones sublimes de universo a la vez infinito y mágico; un universo que era un profundo misterio que ellos, simples criaturas ansiosas por emular a los dioses, jamás alcanzarían a comprender. Y al igual que Faetón el mítico hijo del Sol fulminado por los Inmortales al haber osado intentar igualarse con ellos, así se habían visto ellos condenados a vagar por el infinito en un viaje que sabían sin final.

Había sido al término del viaje, o salto de acuerdo con la terminología empleada por los astronautas; sólo entonces pudieron calibrar la magnitud de la situación en que se encontraban una vez que, vuelta la Perséfone a velocidades sublumínicas, pudieron volver a contemplar las estrellas desaparecidos ya todos los efectos distorsionantes que las habían invalidado como sistema de referencia durante el transcurso del salto. De acuerdo con lo previsto, las familiares constelaciones deberían haberse materializado de nuevo con mínimas variaciones sobre sus configuraciones habituales, variaciones que hubieran permitido al potente ordenador de a bordo calcular casi al milímetro el trayecto recorrido por la astronave.

Pero la realidad se había mostrado bien distinta. El nuevo firmamento que ahora se mostraba ante ellos, tachonado de estrellas y de nebulosas hasta la lujuria, mostraba unas configuraciones estelares totalmente distintas a las contempladas jamás por ojo humano alguno.

Algo había ocurrido, algo que no estaba previsto en los programas de vuelo y ante lo cual los tripulantes de la Perséfone se encontraban total y absolutamente desarmados para comprenderlo y, lo que era más grave, para resolverlo. La Perséfone había realizado aparentemente un viaje no de cuatro parsecs como estaba previsto, sino de miles o incluso de decenas de miles. Poco importaba que las teorías de los más eminentes físicos se hubieran venido por los suelos; lo único cierto y palpable era que la astronave se encontraba en un lugar remoto y perdido de la galaxia sin la menor posibilidad de encontrar el camino de regreso a la Tierra.

Poco podía hacer el ordenador para calcular la ubicación de la astronave al carecer de datos acerca del lugar en el que se encontraban; su banco de datos no llegaba más allá de donde habían alcanzado los más potentes telescopios terrestres, y la Perséfone en su



desbocado viaje había rebasado con creces estos límites. Todos los sistemas de referencia cercanos tales como constelaciones, nebulosas y los demás objetos galácticos eran desconocidos por completo. Cefeidas y pulsares, comúnmente utilizados por los astrónomos a modo de faros cósmicos, tampoco podían rendir utilidad alguna dado que habían sido incapaces de identificar ninguno de los catalogados en las cartas estelares de que disponía la Perséfone. Tan sólo algunas galaxias cercanas tales como las Nubes de Magallanes o la gran nebulosa espiral de Andrómeda pudieron servirles de relativa ayuda en su orientación, aunque lo único que los tripulantes de la Perséfone pudieron llegar a conocer fue que se encontraban en algún lugar del halo galáctico al otro lado del compacto núcleo de la Vía Láctea, el cual aparentemente habían atravesado.

Sabían la dirección aproximada en la que se encontraba la Tierra, pero esto no era en modo alguno suficiente. Invisible el Sol desde aquella distancia, confundidos sus brillantes compañeros estelares entre las miríadas de puntos luminosos que tachonaban el firmamento, bastaría con una desviación infinitesimal de su ruta para que al término del salto se encontraran de nuevo a miles de años luz de su destino, amen de que incapaces de controlar la longitud del salto, bien podría ser que, acertando en la dirección, vieran rebasado ampliamente su escurridizo objetivo.

La situación era grave, y ellos no lo ignoraban. Pero tanto su preparación física como su entrenamiento mental habían estado orientados hacia situaciones similares si no peores, por lo que todos ellos fueron capaces de asumir el problema con extrema serenidad. Se imponía ante todo buscar una solución a tan delicado problema, y eran plenamente conscientes de que un estado de histeria colectiva resultaba ser justo lo contrario de lo indicado en aquellos momentos. Era cuestión, pues, de obrar con prudencia y tranquilidad, y una vez pasado el mínimo período de adaptación la Perséfone estuvo lista para efectuar un nuevo salto.

Se habían minimizado todo lo posible las distintas fuentes de incertidumbre existentes en el cálculo del nuevo rumbo, pero a pesar de ello el segundo salto resultó ser un nuevo y decepcionante fracaso. Al parecer las trayectorias hiperlumínicas se veían trastornadas por la masa del núcleo de la galaxia, lo que hacía que éstas se curvaran hasta un límite que quedaba fuera de toda posible estimación. El ordenador les informó que habían emergido en otra remota y desconocida región de la galaxia, esta vez en las proximidades del plano galáctico pero con una desviación de al menos cuarenta grados con respecto a su destino previsto.

A partir de aquel momento los ánimos comenzaron a desfallecer. La navegación interestelar había mostrado estar afectada por toda una serie de factores difícilmente cuantificables, por lo que las posibilidades de retorno se veían cada vez más mermadas conforme realizaban nuevos intentos.

El resto había sido ya pura rutina. Los tripulantes de la Perséfone, después de varias decenas de infructuosos saltos, habían recorrido ya media galaxia en su loca carrera sin fin. Los bancos de memoria del ordenador rebosaban de valiosa información sobre el



enigmático núcleo galáctico, los lejanos cúmulos globulares, las nebulosas planetarias y tantos otros objetos desconocidos de la Vía Láctea. Habían contemplado su espiral desde las cercanías de la Pequeña Nube de Magallanes, y las fascinantes estrellas en formación del sector de Orión...

¿Pero de qué les servía ahora esto? Necesitarían mil vidas para desvelar todos los secretos de la galaxia, y no disponían ni siquiera de una sola para comunicar sus hallazgos al resto de la humanidad de la que de una manera tan dramática se habían visto separados.

Éste era el precio que habían tenido que pagar por su atrevimiento de semidioses: el destierro eterno en el marco infinito del Universo, el perpetuo vagar de un rincón a otro de la galaxia hasta que la energía de la astronave se agotara y murieran todos sin haber podido alcanzar su anhelada meta. Un destino de titanes, habían dicho en la Tierra antes de partir refiriéndose a su epopeya, olvidando que los soberbios titanes habían caído víctimas de su arrogancia frente a los verdaderos y únicos dioses.

-Señor, la nave está preparada para el salto. -Dijo una voz por el interfono- ¿Aceleramos ya?

-Aguarden un momento. -Respondió el capitán volviendo a la cruda realidad tras haberse refugiado en sus tristes pensamientos durante unos instantes- Voy para allá.

Y el abatido capitán de la nave exploradora Perséfone se incorporó del lecho abandonando su camarote al tiempo que pensaba amargamente en la conveniencia de rebautizar a la astronave con el nombre de Faetón. Afuera, las estrellas continuaban brillando inmutables.

©José Carlos CANALDA

Empecé a leer ciencia-ficción desde muy pronto, con apenas diez años, y el virus me ha durado hasta ahora. Mi primer escrito, un espantoso remedo de novela de a duro, lo perpetré con trece o catorce años. Confío en que nunca salga a la luz. Durante mi adolescencia comencé a escribir relatos, entre lo fantástico y la ciencia-ficción, primero muy cortos y cada vez más largos, aunque sin llegar nunca a la categoría de novela. Con la llegada de Internet empecé publicar mis escritos gracias a que pude introducirme en los círculos de aficionados españoles al género... He colaborado tanto en la red (Sitio de Ciencia Ficción, Página de las novelas de a duro, Qliphoth, Púlsar, La Plaga y ahora aquí) como en revistas tradicionales (Pulp Magazine). También he publicado varios artículos y, en 2001, un libro de ensayo sobre la colección "Luchadores del Espacio".

Pon aquí tu espacio publicitario



LA TRAVESÍA

Por Francisco José Súnier Iglesias

Este cuento fue publicado por primera vez en la antología VISIONES 1995. Esta versión es la que actualmente está disponible en <http://www.ciencia-ficcion.com/relatos>

I

Hace mal día hoy.

-Sí.

Tenía la cara apoyada contra el cristal de la ventana, abandonada al contraste metálico de la diferencia de temperaturas; la mejilla izquierda arrobada a causa del fuego, la derecha helada, casi tan fría como el viento cargado de nieve que bajaba de la montaña.

-¿Quieres un té?

-No, gracias.

Sentía que podía estar así toda la vida. Sentada junto a la ventana, dividida entre la calidez de la chimenea y el frío del cristal.

Se sentía a la vez de hielo y de fuego.

Hielo ardiendo.

Cerró los ojos para recrear la imagen de un témpano al rojo vivo. Absurdo. El hielo puede llegar a quemar, pero nunca a arder.

Anocheía con rapidez, y con la luz, se iría la imagen vertiginosa de las montañas. A tan poca distancia perdían toda su majestuosidad para mostrarse tal y como eran, monstruosas, inalcanzables.

-Bueno, yo me voy a acostar -dijo él sin levantar la cabeza de la taza que sostenía entre las manos.

-¿Ya?

-Mañana quiero estar descansado. Tu deberías hacer lo mismo.

Ella no contestó, miró inquieta hacia la montaña y tragó saliva.

-¿Tenemos que hacerlo?

El hombre removió los restos de su té. Quería decir algo, sin saber exactamente como.

-Sí -resumió ambiguo-. Sabes que sí.

-Me da miedo.



Él volvió a callarse durante un instante que pareció eterno. Al fin se levantó y dejó la taza en la repisa de la chimenea.

-¿Lo tienes todo preparado?

Ella se limitó a asentir con la cabeza.

-Hasta mañana entonces.

Las sombras se alargaban, se metían entre los árboles y las piedras fundiéndose con ellas hasta que solo hubo tiniebla luchando contra la cada vez más vacilante luz del fuego, a la que también acabó por vencer.

"No se ve nada", pensó, "Ya solo quedamos la sombra y yo, y ella lo ha devorado todo, hasta la montaña, pero conmigo no podrá, porque yo soy pensamiento".

Entonces se desencadenó otra lucha, esta vez a muerte, entre el viento y la tiniebla. El viento, saltando entre las ramas de los pinos y arremolinándose en las cortadas, disputaba a la oscuridad la hegemonía de la noche. Hubo un momento en el que pareció que la tiniebla saldría triunfante, pero cuando las nubes, movidas por la fuerza del viento, se desplazaron hacia el sur, la luna desplegó su tela de araña convirtiendo el paisaje en un mar de plata. Fue entonces cuando ella se dio cuenta de que la mejilla que ardía era la que apoyaba contra el cristal.

-Me voy a quedar helada -se dijo.

Subió a tientas hasta la habitación y se metió en el saco guiándose por la respiración del hombre. Ahora tiritaba. Debía haberle hecho caso y no dejarse hipnotizar por la montaña. ¿Cuánto tiempo habría pasado desde que él se acostó? ¿Dos ó tres horas? ¿Quizá más?

Se acurrucó contra él buscando algo de calor. Sabía que poco ó nada llegaría hasta ella, aquellos sacos estaban bien hechos y aislarían a su ocupante del exterior sin importar si esa circunstancia era la más adecuada para su supervivencia o no.

No soñó. Tampoco aquella noche. Los sueños parecían haber huido de su lado, ella quería soñar una vez más con el rocío deslumbrante del jardín de la casa de la Tata, o con aquel curioso bichito de alas púrpura que siempre peroraba sobre inquietantes mundos subterráneos o, incluso, con la informe monstruosidad protagonista de sus más delirantes pesadillas. Pero todos habían desaparecido, se habían ido, abandonándola.

II

Despertó con suavidad. Sin sueño, sin fatiga. Al salir del saco no sintió la desagradable sensación helada que había sido su compañera todas las mañanas. Él no estaba a su lado, lo encontró en la puerta del refugio, volvía con las cantimploras llenas de agua y una toalla al hombro. Sin decir nada se quedaron contemplando como el sol se encaramaba en el cielo apoyándose en un picacho afilado. El día prometía ser inmejorable, no se veían nubes y apenas corría una ligera brisa. Desayunaron en silencio y des-



pués terminaron de llenar las mochilas con lo poco que aún no habían guardado; los sacos, las cantimploras, las tazas y alguna menudencia más. Cuando estuvieron preparados se miraron a los ojos, por primera vez desde hacia mucho tiempo.

-¿Estamos?

Ella asintió, levantó la mochila y metió un brazo por las correas en un solo movimiento. Él la imitó asegurándose por última vez de que no quedaba nada tirado ó mal colocado. Luego salió y enfiló el sendero sin volverse a mirar si ella le seguía. Tardó un poco, lo justo para darse valor por enésima vez, por eso, cuando dejó el refugio, él ya estaba lo suficientemente lejos como para obligarla a hacer un pequeño esfuerzo extra para alcanzarle.

Avanzaban con paso firme y seguro, no tenían prisa, sabían el tiempo que iba a durar la travesía y como debían dosificar el esfuerzo, por eso evitaban cualquier gesto, cualquier palabra superflua. Sin embargo ella no se resistió a hacer una pregunta, que ya por repetida, había perdido todo su significado.

-¿Cuánto tardaremos?

La pregunta pareció el disparador de un artefacto automático, porque él, mecánicamente, recitó de memoria el plan de marcha que se habían marcado.

-En una jornada, si hace buen tiempo y si no también, debemos cruzar el puerto y llegar al refugio del valle. Allí haremos noche y al día siguiente bajaremos al entronque con el valle principal. Como ya habremos descendido casi mil quinientos metros podremos hacer noche en cualquier sitio. En la siguiente jornada saldremos del valle y nos quedaremos a mitad de camino, y si todo sale como he dicho, el cuarto día, a mediodía, habremos llegado. De todas formas tenemos de tiempo hasta el lunes, de modo que aún nos sobran dos días.

Tres días andando. No se sentía capaz de soportarlo, solo si bajaba la cabeza, miraba al suelo y no se separaba de él, creía tener alguna posibilidad. Si al menos le contagiara algo de su fe, de aquel entusiasmo a prueba de todo que le había hecho seguirle hasta allí.

Durante dos horas fueron bordeando la falda de las montañas, cruzando arroyos y evitando los tramos más complicados, subiendo un poco allí, bajando ligeramente más allá. Él iba guiándose por los hitos que antes que ellos otros habían colocado. Todos parecían responder a una arquitectura definida e invariable, una piedra plana y ancha de base y sobre ella, colocadas de forma que pudieran aguantar el viento y las neviscas más intensas, otras más pequeñas formando una breve columna en forma de pirámide. De vez en cuando él se paraba un momento y recomponía alguno medio caído ó francamente derruido. Los fueron siguiendo hasta que llegaron a un enorme montón de piedras.

-A partir de aquí hay que subir -dijo él.



De hecho no había otro camino, a partir de ese punto el sendero que ellos seguían descendía abruptamente hasta el fondo de un barranco. Giraron a la izquierda e iniciaron la primera etapa de una cierta dureza. No era una pendiente muy pronunciada, pero resultaba desesperante no acabar nunca. Ella, al mirar hacia arriba, veía con toda claridad el final de la cuesta, pero cuando la coronaban se encontraba ante otra exactamente igual a la que habían superado.

Ya había dejado de contar el tiempo cuando se encontró trepando por la pared de un estrecho desfiladero. En el fondo corría con tranquilidad un curso de agua clara, casi transparente. Después de sortear una roca bajaron hasta el cauce, que en aquel punto se ensanchaba, y lo cruzaron saltando de piedra en piedra. Hasta entonces no había notado ningún cansancio, se sentía bien después de muchos días de depresión, el aire limpio y el esfuerzo la estimulaban de tal modo que deseó que la montaña no se acabara nunca.

-Mira que bonito -dijo él señalando hacia el final del desfiladero.

Desde donde estaban todavía no se veía el conjunto, pero a ella no le costó ningún esfuerzo imaginarlo. Tres lagos, unidos entre sí por pequeños canales, se disputaban el poco sitio que les dejaban las montañas. El sol caía ya de plano iluminando la depresión y la sombra de alguna nube solitaria daba de vez en cuando las referencias necesarias para comprender la magnitud de todo aquello.

-Cuando lleguemos al lago grande descansamos un poquito. ¿Vale?.

Ella asintió y se dejó llevar hasta la orilla de piedra del primer lago.

-¿No hay alguna playita?

-No, todas las orillas son así. Venga, mete los pies en el agua, veras que bien.

Se quitó las botas y los calcetines y metió los pies recocidos en el agua fría. La sensación era a la vez desagradable y relajante. No podía decir que estuviera dispuesta a dejar los pies en el agua durante mucho tiempo, pero a la vez no encontraba el momento de sacarlos del lago.

-Ponte algo -dijo él-. Te puedes quedar fría.

Sacó de su mochila un anorak y se lo echó por encima de los hombros. Él había extendido un mapa sobre una laja y lo estudiaba pensativo.

-¿Ves? Estamos aquí -señaló tres manchas azules-. Ahora tendremos que ir por aquí hasta el refugio -y su dedo se desplazó hasta un cuadrado negro.

-¿No hay sendero?

-No. No pasaba la suficiente cantidad de gente como para dejar un rastro duradero.

-Pero las piedras...

-Las piedras están ahí desde siempre.



Otra vez se había vuelto críptico. Ella no siguió preguntando, ya sabía que cuando lo que decía empezaba a perder todo sentido y significado lo mejor era no insistir.

Al principio, cuando se habían encontrado, ella había preguntando, exigido aclaraciones, perdiéndose en un mar de desatinos y medias palabras. No valía la pena. Lo mejor era callarse y dejar que volviera a la normalidad.

Estuvieron en la orilla del lago cerca de una hora, comiendo mientras descansaban.

-Vámonos, el paso no está muy lejos pero el camino es duro.

Duro sólo era una forma de describirlo. La ascensión se hacía poco menos que imposible en algunos tramos, que tenían que sortear dando largos rodeos. La mayor parte del terreno estaba compuesto por piedras sueltas, lo que dificultaba aún más la marcha, y a aquella altura soplaban un desagradable viento frío. Sin embargo ella sudaba, el sudor le bajaba desde la frente hasta la punta de la nariz donde se precipitaba en forma de gruesos goterones hasta el suelo. Ya había renunciado a secárselo y a veces la cegaba obligándole a parar para enjugarse la cara.

No sabía si él lo hacía a propósito pero no se distanciaba mucho. Eso reforzó un poco su debilitada moral; al menos, pensó, estaba más fuerte de lo que creía.

Cuando ya había perdido la noción del tiempo que había transcurrido desde que dejaron los lagos, él se volvió para esperarla y, cuando la tuvo a su altura, señaló hacia abajo.

-Mira.

Miró. Al fondo de lo que parecía ser un precipicio inacabable se veían los tres lagos, pequeños y azules, como en el mapa.

-En cuanto pasemos esta pedrera habremos llegado al puerto.

Continuaron su camino, esta vez saltando de piedra en piedra, ciclópeos bloques de granito desprendidos de la cima de los picos circundantes. El esfuerzo ya estaba resultando excesivo, y a ello se le unía el miedo a caer o a meter un pie entre los huecos que había entre una piedra y otra. Una vez calculó mal y hundió la pierna izquierda en uno de ellos. Estuvo a punto de dejarse llevar por la desesperación y pedir socorro, pero la situación no era grave en absoluto. Simplemente se relajó un momento, colocó la pierna derecha en una posición más cómoda y, ayudándose de las manos, sacó la izquierda del hueco. No había sido nada, ni siquiera se había arañado. Reemprendió entonces la marcha, cuidando donde pisaba y como lo hacía.

Tomar todas esas precauciones hizo que se retrasara pese a los esfuerzos que hacía él por no perderla de vista, y en un saliente se dio cuenta de que ya no le veía. No recordaba cuando le vio por última vez, pero estaba segura de que una vez diera la vuelta al saliente volverían a tomar contacto de nuevo. Para entonces el camino se había hecho más fácil, las piedras eran más pequeñas y en muchos tramos andaba sobre grandes placas de granito.



Cuando al fin superó el saliente suspiró satisfecha, se acabó el subir, a partir de entonces todo lo que tendría que hacer era bajar, simplemente. Él la esperaba recostado contra una pared de piedra.

-¿Qué tal?

-Cansada, ¿cuánto falta todavía?

-En un par de horas habremos llegado, descansa un poco y seguimos.

-No, prefiero continuar.

-Mejor que descanses, las bajadas son a veces peores que las subidas. Toma, bebe.

Cogió la cantimplora y bebió un largo trago. Solo el ansia con la que bebió le hizo comprender la urgente necesidad de líquido que tenía. Volvió a beber, esta vez a pequeños sorbos hasta que sintió que no necesitaba más.

-Ya has pasado por aquí -afirmó, más que preguntó.

-Sí -él se volvió hacia el valle-, hace ya muchos años, una vez. Pero entonces no íbamos a ningún sitio, no como ahora. Entiéndeme, fuimos hasta el refugio, pasamos la noche allí y luego volvimos. Una semana de vacaciones.

-Vaya vacaciones, reventándote las piernas.

-Cada uno se divierte como quiere. ¿Vamos?

La bajada resultó ser, al principio, divertida. Unas veces saltando, otras corriendo más que andando, avanzaron más en diez minutos que en media hora de ascensión. Hasta que el terreno volvió a convertirse en una sucesión de pedreras y lajas nada seguras. Un par de veces estuvo a punto de caer rodando por la pendiente, solo haciendo una serie de cabriolas consiguió equilibrarse, a costa de sentir como los muslos casi se le desgarraban. No le quedó otra opción que ajustar el paso a un ritmo más seguro. Él volvió a distanciarse de nuevo y ella se sintió a punto de desfallecer. Se paró considerando seriamente el hecho de dejarse caer allí mismo y acabar de una vez. Llegó a ponerse de rodillas, abrumada por el peso de la mochila y el desánimo, solo una vocecilla, que creyó identificar como propia, la empujó y obligó a continuar.

De nuevo el sudor empapaba su frente y caía a regueros por las sienes hasta la barbilla, pero era un sudor distinto al de la ascensión, este era un sudor frío, producido por el miedo a caer y a perderse entre aquellas moles de piedra.

Se obligó a acelerar el paso cuando llegó a una pradera, inverosímil en mitad de aquel mar de roca. Le alcanzó en el borde de la pradera, donde esta se acababa y empezaba otra tremenda pedrera.

-No puedo más.

-Tranquila, cuando alcancemos a la línea de los árboles ya casi habremos llegado.

-¡¿Pero cuánto queda?!



Él ignoró aquel breve ataque de histeria.

-Poco, ya muy poco.

Le siguió resignada. Poco, ya quedaba muy poco, eso le daba fuerzas, ó al menos, tenía la virtud de evitar que se desmoronara, que se dejara llevar de nuevo por el desánimo. El tiempo ya había perdido todo significado, ya ni se preocupaba por eso. Su única obsesión era pisar en el sitio preciso para evitar una nueva caída. Pero era ya tal la falta de confianza en sus piernas, que en ningún caso podía asegurar que su pie acabaría por posarse donde ella pretendía.

Volvió a reunirse con él en un paisaje quimérico. Pese al agotamiento pudo apreciar la belleza del paraje. Los altos pinos filtraban los rayos del sol, dejando pasar solo unos pocos elegidos, un arroyo cantarín, recién nacido algunos cientos de metros más arriba, recorría alegremente el bosque, y un poco más allá una charca, de un profundo color esmeralda, daba un cierto aire mágico al lugar.

-Si nos estamos quietos seguro que aparecen los enanitos -dijo él adivinándole el pensamiento-. Venga, quítate la mochila y descansa un ratito.

-¿Ya hemos llegado?

-Aún no, pero no te preocupes, a partir de ahora es todo llano y en media hora estamos allí.

La mochila estaba empapada de sudor, como su espalda. Sacó trabajosamente el anorak para ponérselo con desgana. La montaña generaba en ella todo tipo de sentimientos, miedo, odio, indiferencia, admiración... Todos ellos incompatibles entre si pero perfectamente lógicos, convivían en armonía y cada uno afloraba en el momento en que debía, ni antes ni después. De lo que estaba segura es de que jamás podría llegar a amar aquello.

-Vámonos -dijo.

-Como quieras.

Cada paso se convertía en una tortura. Pensó en la sirenita. Ella aceptó sufrir por amor, pero no se esperaba que el dolor se extendiera más allá de sus recién estrenadas piernas, también acabó por destrozarle el corazón. Su caso era muy diferente. Después de una noche de descanso volvería a estar en forma, y tras una semana de tranquilidad, sería otra vez la de siempre. Mientras tanto se conformaba con seguir los pasos de su compañero, chapoteando entre la hojarasca de pino y sorteando las raíces que se levantaban del suelo.

Cuando él dijo que ya habían llegado no le creyó. Pensó que estaba de broma, pero cuando enfiló sin pensarlo por medio de la explanada que se extendía ante ellos, hacia una construcción que se levantaba en el otro extremo, gritó de alegría y echó a correr tras él.



El "refugio" resultó ser algo decepcionante. Lo componían tres muros de piedra, que sostenían las vigas que a su vez sostenían las tablas de madera que hacían de techo. En la parte delantera un murito de piedra protegía el interior contra el viento y el suelo estaba cubierto de paja, afortunadamente seca.

-No es como el que hemos dejado -dijo él-. Pero menos es nada.

Ante una demostración tan aplastante de lógica ella no pudo hacer otra cosa que encogerse de hombros.

-Lo mejor que podemos hacer es cambiarnos de ropa y luego buscar leña para hacer una hoguera, ¿qué te parece?

Ella volvió a encogerse de hombros pero hizo lo que le había dicho. Recostó la mochila contra el murito, sacó una bolsa con ropa seca, y se quitó la que tenía puesta. Él había cogido la toalla y se estaba lavando el torso en un manantial que brotaba frente a la cabaña. Ella le imitó.

Recoger la leña fue más difícil. La lluvia de los días anteriores había empapado por completo toda la madera, y solamente permanecía seca la que había estado durante todo el día expuesta a los rayos del sol. Consiguieron de todas formas reunir un gran montón de ramas y palos, lo bastante como para hacer arder una gran hoguera durante el tiempo suficiente. Después limpiaron de piedras el suelo de la cabaña y extendieron las planchas de neopreno y los sacos para airearlos un poco.

No hablaron mucho mientras cenaban. Ella, de lo único que tenía ganas era de meterse en el saco y dormir. Después de un día como aquel se sentía con fuerzas como para llegar al fin del mundo si era preciso. Sin embargo había algo que empezaba a producirle una cierta zozobra.

-¿Qué harás cuando lleguemos?

-Lo que debo hacer. Ir arriba. ¿Y tú?

Ella se encogió de hombros. En cierto modo no le importaba nada, solo quería salir de aquel bosque, de aquellas montañas. En ese momento le tenía miedo a todo. Al presente y al futuro, incluso el pasado le resultaba inquietante.

-¿El tiempo va pasando ó somos nosotros los que nos movemos en él? -preguntó.

-¿Cómo dices?

-Planteaba una cuestión, una paradoja como la del hombre del tren. Cuando está en la estación lo que se mueve es el tren. Sin embargo, cuando el hombre sube al tren cambia todo su sistema de referencias, y es la estación la que se mueve. De todas formas él sabe que la estación no tiene movimiento porque para él representa un punto de su sistema de referencias primitivo, es su universo 0, mientras que el tren no deja de ser un elemento del universo 0. Con el tiempo pasa igual, no sabemos si se mueve con respecto a nuestra consciencia o es esta la que se mueve a través de él.



Un silencio de muerte siguió a aquella exposición. Él se había quedado con un trozo de queso a mitad de camino de la boca. Lo sujetaba entre el dedo pulgar y la hoja del cuchillo de monte. Ella le miró asustada, el cuchillo en alto, la boca abierta, los ojos desorbitados contemplándola incrédulo, y el fuego lanzando reflejos rojizos sobre los dos le daban un aspecto inquietante.

-Repíte eso otra vez... -dijo él en un susurro.

Ella gritó y él se metió el trozo de queso en la boca.

-...si eres capaz de hacerlo sin respirar te regalo un caramelo.

Ella bufó soltando una risa histérica.

-Imbécil, me has asustado.

-Y tú a mí, ya pensaba que me ibas a dar una clase de física, con lo mal que se me ha dado siempre. ¿Lo vas a hacer?

Los dos rieron a la vez.

-No, mejor vamos a dormir.

Ninguno se movió. Él removió las brasas con un palo dejando escapar una multitud de chispas y pavesas. Ella, casi sin darse cuenta, se quedó dormida, hecha un ovillo frente a la hoguera.

Él vio como ella se derrumbaba poco a poco sobre si misma, se aseguró de que la postura en la que se encontraba era lo bastante cómoda y la dejó dormir. Era una chica extraña, se habían encontrado en una carretera que subía hasta la cordillera. No se sorprendió al verle, incluso parecía saber hacia donde iba y que ruta seguiría. Rápidamente se ofreció a acompañarle y desde luego se había comportado estupendamente en las etapas más duras del viaje, como la de aquel día. Pero no sabía que hacer con ella cuando llegara al final. Quizá hubiera sitio, quizá no. Al fin y al cabo ese era un problema que ya se plantearía a su debido tiempo, en ese momento, lo que debiera hacer era dormir.

Se acercó a ella y la zarandeó suavemente.

-Eh, bella durmiente, despierta.

-¿Ya nos vamos? -dijo ella medio dormida.

-Sí, nos vamos a acostar.

-Sí...

Cuando la dejó bien metida en el saco salió para apagar la hoguera. A veces esos detalles, como el de recomponer los hitos, ó dejar la leñera de los refugios llena de madera, le resultaban estúpidos. Si pensaba en ello de forma racional, nadie más volvería a utilizar aquel camino, ni a cobijarse en el refugio. Pero estaba adelantando acontecimientos. Pudiera ser que algún día alguien llegara hasta allí, y aunque la madera se hubiera con-



vertido en polvo y las piedras se hubieran desmenuzado, nadie se perdería en aquellas montañas mientras él pudiera evitarlo.

III

Al despertar aún se quedó un buen rato dentro del saco. Caliente, abandonado a los restos del agotamiento que le había hecho dormir de un tirón. Solo cuando miró el reloj salió apresuradamente del capullo de nilón y la despertó sin miramientos.

-Venga, vamos, que ya es tarde.

-Me duele todo.

-Después de que andemos un rato se te pasará. ¿Te preparo algo?

-No, comeré un poco de queso.

Ya en marcha se obligó a tranquilizarse. No era necesario correr tanto. En el improbable caso de que no llegaran a tiempo ellos le esperarían, al menos así se lo habían prometido. Y él confiaba en ellos. Ahora de lo único que tenía que preocuparse era de interpretar correctamente el mapa y conseguir salir del valle sin mayores problemas. De momento la cosa era sencilla, solo había que bajar, a partir de ese punto el camino se podía seguir con facilidad, siempre bajando hasta llegar a la pista forestal y una vez ella, hacia la derecha, hasta la carretera.

Se volvió hacia ella, parecía aguantar bien.

-¿Qué tal vas?

-Mejor que ayer, por lo menos de momento.

-Hoy no tendremos problemas, es todo cuesta abajo y además por un buen camino.

-Tanto como bueno...

-Por lo menos no te quejarás del paisaje.

Ella negó con la cabeza. Seguían inmersos en un bosque de cuento de hadas, quizá no tan salvaje como en la línea de los árboles, pero igualmente bello y cautivador. Y más a aquellas horas de la mañana, cuando los jirones de niebla se mezclan con los rayos del sol y el verde profundo de las agujas de los pinos.

A medida que avanzaban la ladera se iba haciendo menos abrupta y el sendero, que al principio era una serpenteante cinta de guijarros, se ensanchaba y los tramos rectos eran cada vez más largos. También la vegetación cambiaba, los pinos ya no eran los dueños y señores de la floresta, de vez en cuando se veían algunos árboles de hoja caduca, y aquí y allá zarzas y arbustos bajos.

Al pasar por un puente de madera ella se detuvo junto a uno de los árboles, desprendiendo algo de las ramas.

-¿Qué haces? -dijo él volviéndose.



-Recojo avellanas. ¿Quieres?

Tenía ya los bolsillos llenos y aún seguía metiendo avellanas en sus guantes.

-¿Están ya hechas del todo?

-Casi todas, todavía las hay verdes, mira.

-No cojas tantas, te vas a empachar.

Continuaron bajando por el camino. Él supuso que ya estarían cerca de la pista, en algunos sitios se veían rodadas moldeadas profundamente en el barro, y en un par de lugares lo que creyó eran huellas de vehículos a orugas. Poco después llegaban a la pista forestal y giraban a la derecha, siempre bajando.

La pista corría en el fondo del valle, junto al río, cruzándolo, bordeándolo, enlazándose con él como dos brotes de enredadera. En algunos lugares se encajonaba con el río entre paredes monolíticas, y en otros los dos se separaban hasta cien metros para volver a encontrarse en el siguiente estrechamiento.

Entonces la pista se montaba encima del río atravesándolo una y otra vez sobre puentes inverosímiles, y el río, obligado a incrementar aún más su velocidad, rugía y saltaba sobre las piedras del lecho, levantando surtidores de espuma y pulverizando el agua empapando todo lo que estuviera cerca de la orilla.

Pararon a comer en la entrada de una vieja represa. Allí el río se amansaba y descansaba, preparándose para seguir la loca carrera que le conduciría hasta el mar.

-No lo entiendo -dijo ella-. A veces esto me parece maravilloso y otras lo odio con toda mi alma.

-Yo también, pero hay que saber comprenderlo.

-¿Tú lo comprendes?

-No. Hay gente que dice haber llegado a un estado de auténtica inteligencia con la montaña, que se entienden sin necesidad de más. Ellos la desafían y ella acepta el reto. Y siempre hay un vencedor, no valen las medias tintas. No sé si me entiendes.

-Creo que no. Desde luego yo no estoy dispuesta a volver a pisarla.

-No. Ni tú ni nadie más.

En ese momento fue consciente de que estaba contemplando todo aquello por última vez. Ya jamás volvería a verse en su justa escala, si todo salía bien tendría que aprender a compararse con otras magnitudes, infinitamente más interminables que aquellas.

Ella se había descalzado y examinaba con detenimiento la planta de sus pies.

-Me parece que me va a salir una ampolla.

-Vaya, dime donde.



-Aquí.

En la planta de su pie derecho se apreciaba claramente una zona enrojecida, que sin duda acabaría produciendo la ampolla que ella acababa de predecir.

-Lo único que podemos hacer es colocar un trozo de esparadrapo, para evitar el roce. ¿Puedes andar bien?

-Sí, sin problemas, solo que ahora al pararnos he sentido algo raro en el pie y al descalzarme he visto esto.

-Bueno, a ver entonces hasta donde llegamos.

Después de proteger convenientemente el pie continuaron la marcha. La pista y el río seguían con sus juegos, salpicándose, cruzándose el uno con la otra, hasta que en un momento determinado, los dos desembocaron en sus hermanos mayores. El río en aquel del que era tributario, y la pista en la carretera.

-Bueno -dijo él-. Ya estamos en el entronque.

-¿Vamos a dormir aquí?

-No, todavía nos quedan un par de horas de luz. Así que podemos llegar hasta el primer pueblo.

A ella se le ensombreció el semblante.

-¿Qué te pasa ahora?

-Me da miedo

-¿El pueblo? Está vacío.

-Por eso me da miedo.

Marchaban por el centro de la carretera, con la plena seguridad de no tener que apartarse ante ningún vehículo. A izquierda y derecha campos rodeados de muros de piedra daban la imagen de lo que debía ser la agricultura de montaña, ó al menos, de lo que había sido. Llegaron al pueblo un poco antes de anoecer. Recorrieron las calles vacías, desoladas. Él se arrepintió de haber ignorado los temores de ella.

-Podemos salir, si quieres.

-No, ya que estamos aquí al menos podremos dormir en una cama decente.

Buscaron un chalet en las afueras, cerca de la carretera que tendrían que tomar por la mañana. Todos estaban cerrados a cal y canto. Era de esperar. Los dueños, aunque se hubieran visto en la obligación de abandonarlos, tenían la esperanza de volver algún día. Al fin se decidieron a romper el cristal de una ventana y entrar por allí a uno de ellos.



Era pequeño y acogedor. Descubrieron que además disponía de acumuladores y depósitos de agua, lo que les permitió ducharse y lavar algo de ropa. Cuando él terminó de afeitarse fue al salón, donde ella le esperaba frente a la chimenea encendida.

-He preparado algo de comer. He encontrado una lata de berberechos y todo -dijo cuando le vio entrar.

-Que bien. ¿De quién sería esta casita?

-No lo sé, pero se lo tenía montado como un señor.

-Le habrá dolido mucho dejar esto.

-Como a todos.

Recordó su piso y sus amigos. El sorteo los había separado. Ellos habían partido en los primeros embarques, él por su trabajo específico, debía hacerlo en el último que saliera de la Tierra.

-Dime una cosa, si no me hubieras encontrado... ¿qué habrías hecho?

Ella se volvió hacia él y se encogió de hombros. Desde el día de su encuentro siempre se había negado a contestar cualquier pregunta que tuviera que ver con ella misma. Ni que hacia todavía allí, ni de donde venía, ni a donde iba.

-¿Sabes que afeitado y limpio eres majete y todo?

-Hombre, algo me habían dicho antes.

-Ah, ¿sí? ¿Quién?

-Mi abuela.

-Una viejecita encantadora de pelo blanco, seguro.

-Es más alta que yo y fuma como un carretero. No te vayas por la tangente, necesito saber porque no estas arriba todavía.

-A lo mejor soy el espíritu de la madre naturaleza y te estoy haciendo de guía.

-Por favor -dijo él resoplando.

Ella agachó la cabeza y pareció dispuesta a contestar al fin.

-Bueno, si lo quieres saber... Yo, en un principio no quería moverme de la Tierra, quería quedarme aquí. El hecho de subir hasta las Ruedas me daba pánico. No era capaz de concebir el hecho de estar flotando en la nada dentro de una estructura de plástico y acero. Así que me escondí. Tuve suerte, conseguí evitar todos los rastreos hasta que hace dos semanas dejaron de hacerlos. Pero todo el pánico que tenía a subir se convirtió en miedo a quedarme sola. Entonces te vi y anduve siguiéndote un par de días hasta que me decidí a unirme a ti. Supuse que irías camino de una lanzadera, y...

-Decidiste reunirte con el resto de la humanidad.



Era eso. Era lógica la existencia de románticos desesperados que se negaban a abandonar el planeta, pero nunca se había imaginado que alguna vez fuera a encontrarse con uno de ellos, y menos, en aquellas circunstancias.

Ella le pasó una botella de coñac, el precinto estaba tirado en un rincón y ya se había bebido casi la cuarta parte. Parecía tener ganas de emborracharse. Y de algo más.

-¿Sabes que esto es lo que siempre había deseado?

-Como todo el mundo, supongo, un buen fuego, una alfombra de pelo largo y algo fuerte para calentar el estómago y la cabeza.

-Te olvidas de la compañía.

-Eso, y la compañía.

-¿Qué piensas de mí? Como mujer.

-Tienes una piel muy bonita. Enséñame los pies.

Ella se tumbó mientras él se los masajeaba con una pomada que se los dejó frescos y relajados. Volvió a dar otro trago a la botella.

-Quisiera quedarme aquí toda la vida.

-No deberías beber tanto.

-Hagamos el amor.

-No.

-¿Por qué no? Has dicho que te gusto.

-Yo no he dicho tal cosa.

Dejó los pies de la chica a un lado y se incorporó. Le faltaba poco para estar borracha. Si no lo estaba ya.

-¿Qué te pasa? ¿Un tío duro como tu le va a tener miedo a una mujercita que apenas puede con lo que lleva en los bolsillos? Payaso.

Volvió a beber un largo trago la botella. Él la dejó bebiendo y se fue a la ventana. No estaba de humor para ciertas cosas, y menos con lo que se avecinaba. Miró al cielo intentado distinguir alguna de las Ruedas. Quizá aquel puntito de luz que se movía con inusitada rapidez sobre el fondo estrellado de la noche fuera una de ellas, no tenía forma de saberlo. Tampoco esperaba descubrirlo entonces, cuando llegara a su Rueda dispondría de toda la información que quisiera sobre ello. Sería gracioso, la humanidad colgada a cinco mil kilómetros de la superficie terrestre, viendo como el planeta se regeneraba y sin poder hacer nada para acelerar el proceso.

No sabía cuanto tiempo duraría. Mil, dos mil, quizá un millón de años hasta que la Tierra volviera a ser lo que había sido, para que metabolizara los detritus con los que el



hombre la había sembrado, y este pudiera volver a pisarla sin peligro de revolcarse en sus propias heces.

Imaginó la gente que en un futuro inconcebible volvería a recorrer aquellas montañas. Se sentirían confundidos, acostumbrados a los paisajes sin horizonte de las Ruedas perderían la mirada en las llanuras inmensas y el mar infinito. Los pulmones les arderían al respirar aquel aire nuevo, sin rastro de las respiraciones de otros miles de millones de seres humanos. Hasta las montañas serían distintas, romas y suaves colinas domadas por el agua y el viento.

Lamentó perder todo aquello, pero entendía que era necesario. Había que proteger el hábitat natural del hombre contra él mismo, convertir el planeta en una inmensa reserva natural.

Ella se había quedado dormida, abrazada a la botella casi vacía. La cogió del suelo y la llevó al cuarto de baño donde la obligó a vomitar. Eso ayudaría a que por la mañana se sintiera bastante mejor.

IV

Ayer me porte como una idiota -dijo ella mientras intentaba tragarse el desayuno que él le había preparado.

-Todo el mundo mete la pata de vez en cuando, ¿no?

-Menos los que son perfectos.

Él ignoró aquel comentario y continuó comiendo. Ella estaba segura de que, pese a no importar que llegaran unas pocas horas más tarde del horario previsto, él la arrastraría hasta el final a un ritmo inhumano, sin tener consideración de su dolor de cabeza ni de las náuseas que sentía en aquel momento. Era cierto que su comportamiento la noche anterior había sido estúpido, no debía haber bebido tanto, pero no le perdonaba que la hubiera rechazado sin más explicaciones.

-Cuando acabes nos vamos.

-No creo que pueda.

Él calló un momento y lo que dijo lo hizo con mucha lentitud, como mascando las palabras.

-Tengo tiempo de sobra. Ellos no se irán hasta dentro de cuatro días, me esperarán si es necesario hasta entonces. Pero yo no quiero hacerles esperar. Si quieres puedes ir al paso que te dé la gana. Sabes donde vamos a estar y cuando nos vamos.

-Eres un cerdo.

-No me conoces bien. Solo es eso.



Ciertamente no le comprendía. Antes de irse se empeñó en dejarlo todo recogido y limpio. Sacó las cenizas de la chimenea, fregó los cacharros que habían utilizado y tapó el cristal roto con un plástico.

Ella prefirió seguirle. No tenía intención de quedarse sola de nuevo y, aunque él no fuera precisamente un compendio de simpatía, sentía un repentino e irracional miedo a la soledad.

No hablaron mucho. De vez en cuando él preguntaba por el estado de su pie, pero en ningún momento se interesó por la cefalea que amenazaba con hacerle estallar la cabeza, o las náuseas que de vez en cuando le ponían el estómago en la boca. Tenía que reconocer, no obstante, que de no haber sido obligada a tomar un desayuno tan copioso, en aquel momento se sentiría mucho peor. Era lo único que estaba dispuesta a agradecerle de todo corazón.

Sin duras pendientes que subir, ni un paisaje excesivamente variado, la monotonía se hizo dueña del camino. De cuando en cuando atravesaban algún pueblo solitario, o paraban a beber agua en alguna fuente. Él seguía comportándose con absoluta corrección, e incluso dejó que se echara una breve siesta después de que hubieron comido.

Despertó mucho mejor que por la mañana. El dolor de cabeza había desaparecido y solo quedaban un ligero mareo y un desagradable sabor de boca. Sentía más sed que de costumbre y a última hora de la tarde las piernas amenazaban con fallarle en cualquier momento. Solo cuando vieron un pueblo desde lo alto de un cambio de rasante, y él dijo que harían noche allí, respiró tranquila.

Él volvió a interesarse por el estado de sus pies. Empezaba a conocerle mejor y, ya entonces, sabía que pese a sus amenazas no sería capaz de abandonarla y menos en aquellas condiciones. Seguramente se sentiría culpable dejándola a su suerte, y más estando tan cerca del final.

No tuvo tiempo para pensar mucho más, sin llegar a cenar siquiera se metió en el saco y rápidamente se quedó dormida.

Soñó. O mejor dicho, se sorprendió a sí misma soñando. Era un sueño bastante estúpido, por lo que pudo apreciar, porque estaba más pendiente de sus reacciones ante el sueño que del sueño en sí. Lo importante era que por fin volvía a soñar. Estaba justo en el umbral que separa el mundo de la vigilia del de los sueños. Dudó un momento, con la tentación de despertarse, pero se contuvo, abandonándose poco a poco hasta perderse del todo en la inconsciencia.

V

El no la despertó inmediatamente. Ya no había prisa, y se sentía un poco culpable por la forma en que la había tratado el día anterior. Aunque no era quien para juz-



garla, en cierto modo se lo había merecido.

Desechó todos aquellos pensamientos, no valía la pena preocuparse por ello, se lo había estado repitiendo todo el día, y sin embargo era incapaz de olvidarlo. ¿Quizá la había tomado cariño? No, estaba seguro de eso. En una semana de caminatas continuas no hay tiempo suficiente como para llegar a tanto. Pero ella se le había metido en la cabeza y era incapaz de sacarla de allí. Cuando llegaran a la base todo sería distinto, seguro. Podría ir al fin a su Rueda y decidir a que dedicarse. Aún no sabía que hacer, si hacerse controlador ecológico ó diseñar nuevos hábitats. Ya lo pensaría cuando fuera oportuno. En aquel momento lo que tenían que hacer era ponerse en marcha.

-Vamos, despierta.

Ella se desperezó dentro del saco, le miró e hizo una pregunta que él no había querido plantearse.

-¿Habrás sitio para mí?

-No lo sé.

Ella suspiró y salió cansinamente del saco. Parecía algo más animada que los días anteriores. El hecho de poder quedarse en tierra no parecía afectarle. Desayunó con ganas y esta vez fue ella la que se encargó de recoger todo.

-Podríamos dejar las mochilas aquí. Donde vamos no nos van a hacer falta.

-No, estamos en un Planeta en Cuarentena.

-Queda tal cantidad de porquería sobre tu planeta en cuarentena que no creo que un poco más se pueda notar demasiado.

Él estuvo a punto de claudicar por una vez, pero dejar sus cosas abandonadas no era su estilo. Volvió a negarse y continuaron la marcha con todo el equipo a cuestas.

-Dime, ¿por qué sigues todavía aquí? -preguntó ella.

-¿Aquí?

-Sí ¿Por qué no estas ya en las Ruedas?

-Tenía trabajo que hacer. He dejado activados unos sensores de seguimiento.

-¿Para qué?

-Para tener desde allá arriba una idea clara de como van las cosas por aquí abajo.

-Ya. ¿Y no sería más fácil controlarlo todo a base de cámaras y ese tipo de chismes?

-Es lo que se pensó en un principio, pero en realidad no se tendrían referencias puntuales de parámetros muy concretos, solo datos muy generales.

-¿Cómo qué?



-Composición de las capas altas de la atmósfera, cambios generales del clima, avance y retroceso de las masas de árboles. Cosas grandes que se pueden observar desde arriba.

-¿Y entonces qué es lo que queréis saber?

-La composición del suelo, localización de las lluvias ácidas, microclimas. Detalles muy específicos.

Él agradeció que ella se mostrara charlatana y curiosa. La conversación hacía que el tiempo pasara rápidamente y apenas se daba cuenta de que poco a poco se acercaban a la base. La idea le producía una cierta ansiedad y la charla ayudaba a mitigarla.

-Hay una cosa que no entiendo -preguntó ella al fin-. ¿Por qué has hecho el camino andando? Podrías haber usado un coche, o un helicóptero.

Él sonrió. ¡Cuánto le había costado convencer a sus jefes de que le dejaran llevar a la practica su proyecto! Sólo cuando logró hacerles comprender que no iba a correr ningún peligro, y que el hecho estar una semana inactivo en la base, perdiendo el tiempo y aburrido, era completamente estúpido, accedieron con un encogimiento de hombros y la advertencia de que si se retrasaba se quedaría en Tierra, sin posibilidad de ser recogido.

-Veras, tenía ganas de hacerlo, de sentirme integrado con el todo por última vez. De luchar contra la gravedad mientras subía y de ayudarme de ella mientras bajaba. No me gusta especialmente la montaña, pero eso no importaba. Éramos los dos solos, el uno contra el otro.

-No lo entiendo.

-A veces yo tampoco -dijo él sonriendo.

-Pero te podía haber ocurrido cualquier cosa, una caída, equivocarte de camino, yo que sé, no era demasiado seguro.

-Cierto. Pero eso también era, y aún lo sigue siendo, parte del juego. El hecho de enfrentarme a la naturaleza por última vez me atraía, quería hacerlo, demostrar que aunque nos tengamos que ir de aquí, este es nuestro hábitat, que estamos perfectamente adaptados a él y que, por mucho que se intente, nada lo podrá sustituir.

-Te lo planteaste entonces como un desafío, ¿no?

-No, ha sido una despedida, la hubiera querido un poco más íntima, pero bueno, que le vamos a hacer.

-¿Lo dices por mí?

-No veo a nadie más.

-¿Me perdonas?

-¡Mmmm! No sé. -contestó sin poder contener la risa- Me lo pensaré.



Continuaron hablando sobre temas intrascendentes, parloteando más que conversando, durante el resto de la mañana. Así hasta un poco antes del mediodía, entonces él adoptó una expresión grave y señaló una pequeña loma diciendo:

-Cuando llegemos arriba veremos la base.

Aceleró el paso sin darse cuenta. Ya tan cerca de la meta no pudo dominarse y controlar sus nervios. Temió que se hubieran ido dejándole sobre la superficie del planeta.

Pero lo que vio le dejó aún más confundido que la perspectiva del abandono.

-¿Qué pasa? -dijo ella cuando vio la expresión de estupor en el rostro del hombre.

-Algo ha pasado, solo debía haber una lanzadera esperándome..., esperándonos, ¡Y hay cuatro!

Se lanzó cuesta abajo seguido por ella que, ni en plena carrera, parecía capaz de callar.

-¿Y qué?

-Luego te lo explico.

Frenético después de contemplar el espectáculo de las cuatro lanzaderas alineadas sobre sus plataformas aceleró el paso dejándose llevar por sus más íntimos temores. Entonces una voz sonó a su izquierda. Le llamaban a él, no había duda. Se frenó como pudo y miró hacia el lugar del que había partido el grito creyendo reconocer en la distancia a Sabaté, uno de los jefes de operación. Ella, que le seguía a toda velocidad, chocó contra él y los dos cayeron al suelo.

-Perdona, no podía parar y...

-Vamos, levántate. Ven...

Poco después llegaban hasta Sabaté que también había corrido hacia ellos.

-¡Carlos! -volvió a gritar Sabaté cuando se fundieron en un abrazo que a él le resultó incomprendible por lo efusivo- ¡Estaba esperándote! ¡No sabes cuanto me alegro de verte!

-¡Pero bueno! ¿Qué ha pasado?

-Estamos jodidos compañero, muy jodidos.

En la distancia no lo había podido apreciar, pero la base estaba devastada, como si una lengua de fuego la hubiera lamido carbonizándolo todo. Las cuatro lanzaderas estaban quemadas, sosteniéndose precariamente en sus soportes, como silos vencidos por la vejez.

Inutilizables, sin ninguna duda.

Sabaté los llevó a la edificación principal de la base, una construcción de dos pisos que, sin embargo, se hundía hasta diez sótanos en el subsuelo. Tras sortear los escombros que sembraban la planta baja se internaron por unas escaleras dejando atrás un desola-



do primer sótano hasta llegar a una gran sala donde les recibió Amalia, desconsolada e inconsolable.

-Oh, Carlos. Menos mal que has llegado.

Se abrazaron durante un largo rato. Amalia a punto de romper a llorar, él sumido en mil y una interrogantes.

-¿Queréis explicarme que ha pasado? ¿Por qué está todo destrozado?

-Que te lo cuente Manuel, yo ahora no puedo.

Sabaté se recostó en uno de los butacones e hizo con voz monótona e impersonal un detallado resumen de los últimos acontecimientos.

El despegue de las cuatro lanzaderas, que habrían de llevar a los últimos quinientos técnicos a las Ruedas, estaba previsto para la madrugada anterior. En la base, solo quedaría el personal mínimamente necesario para el lanzamiento, y el equipo de apoyo para los que, como él, llegaran en el límite del plazo establecido. Se efectuaba la cuenta atrás del primer lanzamiento y no parecía que ninguna incidencia fuera a retrasar el proceso cuando, aún sin haber acabado la cuenta, la lanzadera explotó, desintegrándose en el mismo lugar desde el que debía abandonar para siempre la Tierra. La explosión inflamó el tanque de combustible de la más próxima, que a su vez incendió el de la siguiente, iniciándose así una reacción en cadena que destruyó por completo la base, matando a todos los que de alguna forma estaban a descubierto y, a los que ya acomodados en las lanzaderas, esperaban su turno para ser llevados a las Ruedas.

-Nosotros estábamos fuera, en una de las lomas. Queríamos ver el despegue desde la mejor posición y acabamos contemplando los fuegos artificiales más bonitos que he visto en toda mi vida -dijo Amalia, que sin ya poder contenerse, se echó a llorar.

-Pero bajarán a por nosotros -dijo él-. No nos dejen aquí tirados.

Sabaté se mordió los labios. Parecía que las malas noticias no habían acabado todavía.

-No vendrán. Mandamos un SOS cuando pudimos hacernos con un transmisor intacto y no contestaron.

-¿Habéis insistido?

-Todos los días desde entonces. Esta mañana nos ha llegado esto.

Le tendió un trozo de papel arrancado de una impresora;

Hagan el favor de dejar de emitir por esta banda. Interfieren las señales de los sensores de la zona.

Que les vaya bien.



Ella le miró. Él no supo que decir. Durante doscientos años se había llevado a cabo el Plan más colosal en la historia de la humanidad; abandonar el planeta a su suerte para que él mismo curara las heridas que los hombres le habían infligido. Ellos habían crecido y habían sido educados con la única meta de la Gran Reforma. Poco a poco habían visto partir a los que les rodeaban, hasta que también les tocó el turno. Y cuando había llegado el momento, no podían hacer aquello para lo que habían vivido.

-¿Qué haremos?

-De momento esperar a que estemos todos aquí, luego...

Ella debía ser la única que no se sentía mal. Si en el último momento decidió no quedarse en el planeta fue porque le tenía más miedo a la soledad que al frío del espacio. Pero ahora, sin quererlo, había encontrado la solución definitiva a sus más íntimas dudas.

-Puede que no sea el momento para hablar de ello -dijo-. Pero yo tengo hambre.

VI

Durante el resto del día, y en un lento goteo durante el siguiente, se unieron a ellos el resto de los ecólogos que aún quedaban dispersos. Fue agotador y deprimente explicar a cada uno de ellos lo que había ocurrido. Unos no estaban lo bastante preparados para asumirlo, otros lo aceptaban con un sentimiento confuso que se podía definir como alegría contenida, pero ninguno ocultó su indignación ante el hecho de verse abandonados a su suerte.

Más tarde, ya todos reunidos, las discusiones acerca de lo que se debería hacer llegaron a convertirse en agrias y violentas disputas que entraban de lleno en aspectos personales. Salieron a relucir antiguas envidias y odios, desacuerdos nimios sirvieron para unir o separar a las distintas facciones que se perfilaron.

Unos abogaban por seguir lanzando mensajes de ayuda y buscar los medios para llegar hasta las Ruedas. Otros razonaban que lo mejor era resignarse a su suerte e iniciar un modo de vida acorde con el espíritu del Plan. Solo ella, ajena al aspecto técnico y personal del debate, permanecía neutral y, generalmente, solo se dejaba ver para comer y cambiarse de ropa.

Durante el tiempo que duró la deliberación apenas se encontraron. Él, discutiendo acaloradamente, defendiendo la postura que abogaba por asentarse en cualquier región acogedora, abandonando los intentos de contactar con las Ruedas. Ella, recorriendo los alrededores, dejándose llevar por el vértigo, que parecía olvidado en las montañas, al contemplar la devastación causada por la explosión de las lanzaderas.

Una tarde ella había subido hasta la loma desde la que se dominaba toda la planicie. Quería ver como el sol se iba ocultando en el horizonte, enrojeciendo el cielo y las nubes en un inalcanzable espectáculo de luz y fuego. Él llegó después de que el sol terminara de esconderse. Se sentó junto a ella sin decir nada.



-¿Ya os habéis decidido?

Lacónico, como siempre, tardó un poco en responder.

-Sí y no. Cada cual sostiene sus puntos de vista sin ceder ni un milímetro. Así que se han formado dos bandos, los que estamos dispuestos a quedarnos y los que pretenden llegar a las Ruedas por cualquier medio. Al final, como no ha habido acuerdo, nos vamos a separar. Unos irán al norte, allí existe otra base como esta. Piensan que encontrarán alguna lanzadera en buen estado. Lo dudo, pero ellos lo quieren así.

-¿Y vosotros?

-Vamos al sur. Dentro de poco empezará a hacer frío y este sitio en invierno no es nada agradable.

Ella se encogió, abrazándose las piernas.

-¿Habéis renunciado a subir?

-Si te digo la verdad, yo no quería ir a las Ruedas.

Callaron unos momentos, sin decidirse a hablar.

-¿Qué vas a hacer? -preguntó Carlos al fin.

-Me quedo con vosotros.

Se miraron indecisos unos instantes. Luego se levantaron y volvieron a la base en silencio.

© Francisco José Súañer Iglesias

Madrid, 1963 Es diseñador y programador de webs industriales, y el actual administrador de <http://www.ciencia-ficcion.com>

**ESPACIO
DESTINADO
A
PUBLICIDAD**



Artículos

UN DENSO CADÁVER

Por Jacobo Cruces Colado

Este es el primero de tres artículos sobre algunos objetos astrofísicos fascinantes y su influencia en la ciencia-ficción escritos por Jacobo Cruces Colado. La primera entrega trata de las estrellas de neutrones.

Si miramos al cielo en una noche despejada y sin luna podremos apreciar el espectáculo de las estrellas. Casi todos los puntos luminosos que vemos en ese cielo son realmente estrellas; es fácil confundir Venus, Marte y Júpiter con estrellas, especialmente a ojo desnudo. Sin embargo, podríamos tener delante nuestra otro tipo muy especial de estrella sin llegar a verla jamás: una estrella de neutrones.

El origen

¿Cómo se forman las estrellas de neutrones? Hoy en día sabemos que este tipo de astros son un producto habitual de la evolución de ciertas estrellas. A lo largo de su existencia, una estrella apuntala su estructura gracias a la energía que obtiene convirtiendo por fusión nuclear unos elementos en otros, y contrarresta así la gravedad que tiende a comprimir la masa de la estrella. Y aunque en esta lucha constante por mantener el equilibrio consume enormes cantidades de materia, su masa es también gigantesca. Una estrella pequeña tiene menos masa que equilibrar, así que no necesita generar demasiada energía y su combustible le durará mucho tiempo. Una estrella más grande, sin embargo, tiene que generar mucha más energía para evitar que la gravedad la aplaste, y quemará rápidamente su masa. En el balance final, una estrella puede brillar durante millones de años mientras agota su combustible. Pero tarde o temprano, esto sucede, y es en ese momento cuando su masa juega un papel fundamental en su evolución.

Durante casi toda su vida las estrellas obtienen su energía de la transformación del hidrógeno en helio, y a medida que agotan el hidrógeno van pasando a una fase de gigantes rojas. Sus capas externas se expanden, y la envoltura gaseosa de la estrella va creciendo, englobando poco a poco el sistema solar que las contiene. En el caso del Sol, esa envoltura puede crecer hasta llegar a la órbita de Marte; los planetas interiores serán destruidos durante el largo declive. Si la estrella poseyese suficiente energía en esta etapa de gigante roja, podría continuar con la fusión y seguir luchando contra la gravedad. En cada etapa de fusión la materia fusionada va cayendo hacia el interior de la estrella. Una estrella como el Sol, relativamente pequeña y fría, acabará sus días fusionando helio, y a medida que agote los últimos restos colapsará y se apagará gradualmente,



dando una enana blanca que a su vez se enfriará dando una cenicienta enana negra, mientras las hipertrofiadas capas externas se pierden en el espacio, dando lugar a lo que se conoce como *nebulosas planetarias*, de una rara belleza.

¿Qué ocurre en el caso de una estrella más grande y brillante? Una estrella así posee al llegar a la etapa de gigante roja energía suficiente para seguir toda una cadena: hidrógeno, helio, carbono, neón, oxígeno, sodio, magnesio, silicio, azufre y finalmente hierro. Pero al llegar al hierro, la estrella no puede seguir generando energía para luchar contra la gravedad, y colapsa. La materia cae hacia el núcleo de la estrella y la presión gravitatoria es tan intensa que aplasta los electrones de los átomos sobre los núcleos, donde se recombinan con los protones para dar neutrones. La constante presión sobre el núcleo en colapso produce una onda de choque que arrasa todo el sistema, expeliendo las capas externas de la estrella en una impresionante pira vikinga: una *supernova* cuyo brillo es superior al de toda la galaxia. En ese estallido orgásmico se generan todos los elementos de la tabla periódica: cada uno de los átomos de hierro u otros metales que vemos a nuestro alrededor proviene de una supernova.

Si la masa del núcleo de la estrella es superior en el instante de su colapso final a 1.44 masas solares, el llamado *límite de Chandrasekhar*, e inferior a 3,5 masas solares, la presión gravitatoria lleva el material estelar restante a un nuevo estado, donde no existen ya los elementos químicos que conocemos. La masa restante está compuesta casi exclusivamente por neutrones procedentes del hierro, y de ahí recibe su nombre nuestro cadáver: estrella de neutrones. Ese material degenerado que compone la estrella se llama usualmente *neutronio*, y en ocasiones se nombra a estos objetos como *estrellas neutrónicas*. La densidad de la materia en estas circunstancias es 10⁵ veces superior a la del agua, pero sólo es posible concebir estos valores a través de una analogía: una pequeña porción de neutronio con la centésima parte del tamaño de la cabeza de un alfiler pesaría tanto como dos docenas de elefantes.

En este estado, la estrella, que brilló orgullosamente durante un largo tiempo, es una esfera de no más de 20 Km. de diámetro, pero que concentra una masa superior a la del Sol. Su temperatura superficial sigue siendo muy elevada, del orden de millones de kelvin, y su campo gravitatorio es realmente impresionante, porque contiene aún buena parte de la masa de la estrella que era. Podemos calcular fácilmente la gravedad en la superficie usando la vieja fórmula de Newton. En la superficie de un objeto así, pesaríamos varios miles de millones de veces más que en la Tierra (o sea, unas 10.000.000.000 veces el valor de g, la aceleración de la gravedad al nivel del mar).

En cuanto a la composición de una estrella de neutrones, podemos calificarla como mínimo de *exótica*. En realidad no tenemos muchos datos de primera mano de su estructura y composición, pero sí existen varios modelos. El más aceptado supone que la estrella tiene una mínima atmósfera de electrones libres y núcleos de hierro. La delgadísima corteza de la estrella está compuesta por núcleos de hierro; sus capas más internas las



componen neutrones superfluidos, y el núcleo está formado por hiperones y partículas aún más raras.

Las mareas de un faro estelar

Las estrellas de neutrones presentan otras dos características importantes: una es su elevadísimo campo magnético, del orden de un billón de gauss. Este campo conduce los electrones en órbitas helicoidales alrededor de la estrella, y mientras se mueven emiten radiación. Si tenemos en cuenta que la estrella giraba antes de convertirse en una supernova, la conservación del momento angular exige que la estrella de neutrones también lo haga, y al ser tan pequeña y densa lo hará muy rápidamente, típicamente varias veces por segundo. Además, los polos magnéticos no tienen por qué coincidir con los polos de rotación. De hecho, en nuestro planeta no coinciden, aunque se encuentran bastante próximos.

La combinación de una rápida rotación con un campo magnético intenso se traduce en una pulsación periódica, extraordinariamente regular, motivo por el que se conoce también a estas estrellas con el nombre de púlsares. En 1967, una estudiante graduada de Cambridge llamada Jocelyn Bell detectó una serie de señales muy breves y regulares. Tras un cierto estudio, se llegó a la conclusión de que un tipo tan especial de señales podrían ser generadas probablemente por objetos muy masivos en rápida rotación. En 1968, tras intensos trabajos teóricos, Thomas Gold propuso el modelo de púlsar que se ha expuesto. El descubrimiento de Bell fue la primera confirmación experimental de la existencia de las estrellas de neutrones, que habían sido propuestas mucho antes. En su momento, y debido a la regularidad y potencia de sus señales, se llegó a creer que los púlsares eran radiobalizas de una civilización extraterrestre. Hasta la fecha han sido descubiertos más de 330 púlsares, cuyos periodos de pulsación abarcan un amplio margen de tiempos.

El período de un púlsar puede sufrir también pequeñas oscilaciones llamadas *glitches*, que se cree son debidas a cambios internos en la estrella, pero incluso aunque no presente ninguno de estos *glitches*, la frecuencia de un púlsar va decayendo con el tiempo. De hecho, la frecuencia puede usarse para estimar la edad. Si pasa tiempo suficiente la rotación decaerá tanto que el púlsar se *apagará*, transformándose entonces en una simple estrella de neutrones. Sin embargo, eso no significa que un púlsar deba detectarse necesariamente. Más todavía, debe haber sueltos por el universo más púlsares de los que creemos, porque a no ser que el estrecho cono de su señal sea interceptado por algún receptor (la Tierra o alguna de nuestras sondas con el equipo adecuado), es imposible saber que está emitiendo. Podríamos tener un púlsar en un sistema solar vecino sin saberlo. Algunos investigadores cifran el número de púlsares no observables en un 80 ó 90%.

Existe un tipo especial de púlsares cuyas frecuencias entran en la zona del espectro electromagnético correspondiente a los rayos X. Una estrella de neutrones que forme parte de un sistema binario (es decir, con dos componentes) puede, si está a distancia sufi-



ciente de la otra estrella del sistema, robarle materia. Esa materia caerá hacia la estrella de neutrones hasta alcanzar velocidades próximas a la de la luz. Los campos magnéticos de la estrella de neutrones reexpedirán las partículas de la masa robada en forma de pulso de rayos X.

La segunda característica importante de las estrellas de neutrones es algo que fascina a casi todos los niños pequeños: las mareas. Unos días las olas rompen muy cerca; otros, hay que caminar cientos de metros para poder mojarse los pies. A lo largo del día, el agua sube y baja de forma misteriosa. Pero los niños no saben por qué. Las mareas se deben precisamente a un efecto de la gravedad. La fuerza de gravedad ejercida por la Luna no es la misma al otro lado de la Tierra que aquí; la distancia es distinta. Si usamos una vez más la ecuación de Newton, obtendremos que el valor de la fuerza de la gravedad difiere ligeramente. Existe un pequeño gradiente gravitatorio, y ese gradiente es el que origina las mareas. Si además consideramos que el cuerpo sobre el que se ejerce ese gradiente gravitatorio puede girar obtendremos mareas periódicas, como en el caso de nuestro planeta. Cada veinticuatro horas tenemos dos períodos de pleamar y dos períodos de bajamar.

Este efecto de las mareas puede parecer despreciable... pero puede que cambiemos de opinión si lo examinamos situándonos en un campo gravitatorio realmente intenso. En un campo así, el diferencial de gravedad con la distancia es tan enorme que un cuerpo de escasa longitud se ve sometido a fuerzas muy distintas en sus extremos, normalmente con efectos catastróficos: el cuerpo queda destrozado. Una estrella de neutrones cumple los requisitos que hemos expuesto: mucha masa concentrada en un volumen reducido, un campo gravitatorio muy intenso. El efecto final: las mareas en la cercanía de una estrella de neutrones son enormes. Si cayésemos hacia una estrella de neutrones con los pies por delante, nuestra cabeza se vería sometida a varios g menos que nuestros pies, un terrible potro de tortura con un final atroz.

¿Y la ciencia-ficción?

Unos objetos tan fascinantes como las estrellas de neutrones (o los púlsares) tenían que atraer irremediabilmente la atención de los escritores de ciencia ficción. En todos los casos, sus autores se engloban dentro de la tendencia conocida como ciencia-ficción *hard*, un tipo de ciencia-ficción que concede un gran papel a la parte científica, a menudo muy rigurosa. Sin embargo, el número de obras que toman estos astros como fuente de inspiración no es tan elevado como podríamos pensar.

En el número de mayo de 1966 de la revista *Fantasy and Science Fiction*, Isaac Asimov publicó un artículo titulado "Time and Tide" (Tiempo y Marea). En principio, era uno más de la serie de artículos que Isaac Asimov publicó en dicha revista desde 1958, pero sirvió de inspiración para el que creo es el primer relato conocido de ciencia ficción sobre las estrellas de neutrones, que eran aún casi unas desconocidas: "Estrella de neutrones" (1966), de Larry Niven. En este relato ganador del premio Hugo, los titerotes, una especie de extraterrestres comerciantes, chantajea a un piloto humano para que explo-



re una recién descubierta estrella de neutrones que se ha cobrado ya la vida de otros dos exploradores. En "Hay mareas" (1968), se relata el encuentro entre el después protagonista de *Mundo Anillo*, Luis Wu, y una nueva especie extraterrestre, los trinoxios. En el curso del encuentro asistiremos a una dramática demostración de los efectos de uno de estos objetos masivos. Arthur C. Clarke hace también una pequeña incursión en las estrellas de neutrones y sus fuerzas de marea en "Flujo de neutrones", un relato corto con final poético.

Niven ha recurrido también a las estrellas de neutrones para ambientar uno de los ecosistemas más raros jamás vistos en la ciencia-ficción. Los personajes de *Los árboles integrales* (1984), y su continuación, *El anillo de humo* (1987), viven y mueren en un enorme anillo gaseoso que se ha formado en torno a una estrella de neutrones, que orbita a su vez en torno a otra estrella. A pesar de que existe poca tierra, en el anillo se ha desarrollado un ecosistema con enormes árboles flotantes, bolsas de agua y junglas, e incluso formas de vida voladoras. Es sin duda uno de los escenarios más extraños que alguien haya concebido, un auténtico *tour de force*, aunque la novela en sí es demasiado esquemática.

Algunas obras se centran en el enorme momento angular de estas estrellas, derivado de su gran masa y su rápido giro. En *Sudario de estrellas* (1978), Gregory Benford describe con detalle el sistema binario Jagen-Lekki. La estrella Lekki es una F2, más brillante y caliente que nuestro sol. Jagen es una estrella de neutrones que gira en torno a Lekki a enorme velocidad. El Lanzador, como es conocido el sistema, es aprovechado por las naves humanas para ganar y perder velocidad, jugueteando con la enorme gravedad del cadáver neutrónico. Una maniobra parecida es utilizada por los protagonistas de la novela *El Krang de los Tar-Aiym* (1972), de Alan Dean Foster, para escapar de una nave enemiga.

Hemos visto relatos que extraen su base de las mareas y el momento angular. Jack McDevitt ha usado en cambio un púlsar de rayos X como sistema de comunicación en su excelente novela *El texto de Hércules* (1986). El púlsar de rayos X de Hércules flota libre, en una zona entre las galaxias, flotando en torno a una estrella gigante a la que desangra poco a poco, lanzando una pulsación que es usada por una civilización extraterrestre para enviar un mensaje revolucionario que trastorna nuestro mundo. Es una buena novela con ramificaciones que van más allá del punto de vista usual de la ciencia-ficción *hard*, y una de las mejores reflexiones que he visto sobre el tema del primer contacto y sus implicaciones. Por último, Rodolfo Martínez ha usado un púlsar como fuente de energía en *La sonrisa del gato* (1995). La Peonza es una enorme estación espacial que gira en torno a una estrella de neutrones de la que extrae su sustento en forma de rayos X. La Peonza es también el primer exportador de tecnología avanzada para un universo escindido entre la Confederación y el Mandato, y un lugar donde el espionaje industrial está a la orden del día. En realidad, la trama de esta novela podría prescindir perfectamente del púlsar; el propio Rodolfo Martínez confiesa que no ha elaborado el concepto. Aún así es una lectura agradable y recomendable.



He dejado para el final la que me parece la más sobresaliente de todas las obras que tratan el tema de las estrellas de neutrones: *Huevo del dragón* (1980), de Robert L. Forward. En la novela, Forward explora las características físicas de un púlsar exhaustivamente: gravedad, fuerzas de marea, rotación... Huevo del Dragón es un púlsar de 20 km de diámetro, con un campo gravitatorio de 67.000 millones de g y un campo magnético de más de un billón de gauss que gira sobre su eje 5 veces por segundo. Al explotar la supernova, Huevo del Dragón adquiere un impulso que lo llevará cerca de la Tierra. Allí, los astrónomos descubrirán el púlsar, y al estudiarlo también encontrarán a sus increíbles habitantes, los cheela. Los cheela son unos de los alienígenas más fascinantes de la ciencia-ficción de todos los tiempos. Su ecología es bastante extraña, pero Forward crea una civilización maravillosa que evoluciona y madura hasta contactar con los humanos que los estudian. En su continuación, *Estrellamoto* (1985), Forward aborda un fenómeno conocido como *starquake*, que es el hundimiento de pequeñas partes de la corteza de una estrella de neutrones bajo la intensa gravedad. Cuando la civilización en el púlsar se ve amenazada por un estrellamoto, los cheela y los humanos harán lo posible para restaurar el orden original.

Ambas obras constituyen un claro exponente de ciencia-ficción *hard*, con todas sus virtudes y defectos. Forward es un buen científico, pero sus personajes, humanos y cheela, carecen en bastantes ocasiones de suficiente profundidad psicológica, supongo que porque está demasiado interesado en exhibir el extraño entorno de un púlsar. Además, la novela contiene tanta física que puede llegar a ser realmente difícil de seguir. En cualquier caso, la primera parte es una novela que merece la pena por la descripción de la fascinante sociedad cheela, digna heredera de los mesklinitas de Hal Clement en *Misión de gravedad* (1954).

Epílogo

Hemos revisado muy brevemente el origen y características de las estrellas de neutrones. A pesar de ser objetos fascinantes con peculiaridades únicas, estos cadáveres estelares han estimulado relativamente poco la imaginación de los escritores de ciencia-ficción, y casi siempre en la variante *hard*, lo que no deja de ser lógico. Sin embargo, salvando todas sus carencias, novelas como *Huevo del dragón* son un ejemplo de lo que esos pesados restos pueden aportar al género.

Bibliografía

Todas las obras citadas en el texto aparecen a continuación ordenadas por autores. Me gustaría agradecer a los suscriptores de las listas de correo de la AGASF y del canal #cienciaficción las respuestas a mis peticiones de relatos y obras basadas en las estrellas de neutrones. Mis agradecimientos también a Iñaki Fariña, Eduardo Mallo, Carlos González, Ignacio Castro, David Suárez de Lis y Cristóbal Pérez-Castejón por leer versiones previas y darme valiosas sugerencias. E por último, a Carme, que non só leu o artigo e o criticou, senón que me deu ánimos para seguir escribindo.

Benford, Gregory

Sudario de estrellas. Ed. Martínez Roca, col. Gran Superficción.



Forward, Robert L.

Huevo de dragón y Estrellamoto. Ediciones B, col. Nova, nos 5 y 12.

Foster, Alan Dean

El Krang de los Tar-Aiym. Ed. EDAF, col. Ciencia Ficción, nº 7.

Martínez, Rodolfo

La sonrisa del gato. Miraguano Ediciones, col. Futurópolis, nº 39.

McDevitt, Jack

El texto de Hércules. Ediciones B, col. Nova, nº 26.

Niven, Larry

"Estrella de neutrones". En "Los premios Hugo. 1962-1967", de Isaac Asimov. Ed. Martínez Roca, col. Gran Superficción.

"Hay mareas". En "Historias del espacio reconocido", Ed. EDAF, col. Ciencia Ficción, nº 18.

Los árboles integrales y El anillo de humo. Ed. Acervo, col. Ciencia Ficción.

Para saber más

Kippenhahn, R.

Cien mil millones de soles. Biblioteca Científica Salvat nº 34, 1986.

Motz, Lloyd

El Universo (su principio y su fin). Biblioteca de Divulgación Científica Muy Interesante, nº 72.

Shipman, H.L.

Los agujeros negros, los cuásar y el Universo. Ed. Alhambra, col. Exedra, 1982.

Varios autores

Investigación y Ciencia. Temas, nº 7: "La vida de las estrellas", 1997.

© Jacobo Cruces Colado 1998.

Jacobo Cruces Colado, químico de 31 años, está en la actualidad felizmente retirado del fandom y dedicado a tiempo completo a dirigir su propia empresa. Entre sus pequeñas contribuciones al mundillo del género se encuentran varios artículos sobre ciertos tópicos de astrofísica y química en la ciencia-ficción.

Pon aquí tu espacio publicitario



EL NACIMIENTO DE "CASA DE MUÑECAS"⁽¹⁾

... o Henrik Visen ⁽²⁾ y la historia secreta de una pieza inmortal

Por Michel Cournot

Mucho se ha hablado de la naturaleza humana. Este artículo la muestra descarnadamente. No se pretende orientar al lector hacia determinadas conclusiones; es solamente una historia que invita a la reflexión..

Con sangre en la mano y en el vestido, una jovencita entra corriendo en una farmacia. Nada grave, se lastimó el pulgar, pero el pulgar es algo que sangra mucho. El farmacéutico no está. Pero el joven cadete de diecisiete años, si está: agua oxigenada, alcohol, compresa y hace un vendaje.

Él conoce a la jovencita, es la más hermosa del pueblo, Grimstad, que por su parte es siniestro. La joven herida se llama Eleonora Cristina, pero le dicen Nora. El joven en su agitación, al curarla, la llama Nora, cosa que la hace reír. El ocasionalmente enfermero, a su vez, se llama Henrik. Henrik Visen.

No era nada ese pulgar lastimado, pero lo que perdurará en la memoria de Visen será que dio ayuda, por poca que fuera, a una mujer que se la pidió.

Treinta y cuatro años después, otra mujer le pedirá auxilio a Visen. A través de una carta fechada el 26 de marzo de 1878. Pero esta vez el caso será mucho más grave. La mujer está con el agua al cuello. La carta es trágica. Ibsen, que ya se ha hecho célebre, conoce bien a esa mujer. Se llama Laura Kieler.

Doce años antes, en 1866, Ibsen publicó una nueva obra teatral. "Brand" y fue esa la que lo hizo célebre. A raíz de lo cual recibió un libro. "Las hijas de Brand". La autora, una joven mujer de veinticinco años, imaginaba en ella una continuación a la historia de Brand. Ibsen invitó a la autora a ir a verlo en Alemania, donde vivía en ese momento. Ella fue. A él, le pareció vivaz, encantadora, la llamó "la alondra".

Luego la vida de Laura cambió. Su padre murió. Se trasladó de Noruega a Dinamarca, donde se casó con un licenciado en letras, Víctor Kieler, quien resultaría ser difícil, nervioso, violento en ocasiones. Él se enfermará: una sombra en el pulmón. Los médicos aconsejarán una estada en un lugar de buen clima. Pero los Kieler no tienen dinero. Y justamente una de las angustias del marido, casi obsesiva, es la del dinero, porque su padre quedó arruinado. No quiere oír hablar de préstamos. Para salvarlo, Laura, a escondidas, obtiene uno. La pareja parte rumbo a Suiza e Italia. Víctor Kieler se cura.

El pedido de auxilio.

En Dinamarca Laura será acorralada por los prestamistas y por las personas que actuaron como garantes. Hasta un punto dramático. Firmará documentos falsos, imitando firmas.



Al límite de sus fuerzas, en una desesperación completa, descartando todavía la evasión en el suicidio, le escribe a Ibsen el 26 de marzo de 1878. Lo que le pide, al menos en apariencia, es que haga llegar a su editor habitual, Hegel, un nuevo manuscrito de ella que le permitiría obtener un adelanto. Explica un poco, con ese fin, su situación, la imposibilidad de confesar a su marido el préstamo.

Y es aquí donde aparece lo que pueden ser la vileza y el egoísmo de un hombre: el pedido de auxilio es estridente, estalla en cada línea de la carta, pero Ibsen no quiere molestarse ni soltar un peso, ni siquiera mover un dedo. Se hace el sordo. Y, atención, hay mucho más: en la carta que Laura Kieler percibe enseguida el tema de una nueva obra teatral.

Sencillamente, convierte el pánico de Laura en su propio pan. Le contesta que su manuscrito es demasiado flojo como para que él lo haga llegar a Hegel, le recomienda que se calme y, para eso, que le cuente todo a su marido (a pesar de que es evidente que ella no puede decidirse a hacerlo). Y como necesita ya "alimentar su tema", con toda frialdad le pide a Laura precisiones adicionales sobre el "ambiente" de su historia. Algunos días después, Ibsen recibirá de Víctor Kieler una carta que le anuncia que Laura ha sido internada en una clínica psiquiátrica. No importa: Ibsen ya está en plena creación de su obra. Ya tiene su historia, ya tiene sus personajes, ahora necesita paz y tranquilidad para poder crear.

Parte rumbo a Roma, donde siempre se sintió bien, porque Roma es muy hermosa. Inventa su obra, como de costumbre, sin escribir nada al principio, en un café, el café Órgano, sobre el Corso. Luego, cuando se siente listo para escribir, el 5 de julio de 1879, se instala en un hotel de gran lujo, el Albergo della Luna, en Amalfi, un ex monasterio. Es que a Ibsen no le falta el dinero, como a Laura Kieler. Puede gastar. Inclusive se está formando una colección de antiguas pinturas italianas, que llevará de regreso a Munich cuando la obra, "Casa de Muñecas", esté terminada.

La enormidad de esta anécdota reside en que el triunfo fulgurante, internacional y rapidísimo de "Casa de Muñecas" se fundará sobre todo en el hecho de que la obra será considerada un manifiesto "feminista". Entretanto, Laura Kieler, que ha salido agotada de la clínica psiquiátrica, se ve repudiada por su marido. Él solicita el divorcio y lo obtiene. En la obra de Ibsen, Laura hasta hoy sigue siendo Nora.

Nota 1: Artículo escrito para Le Monde por Michel Cournot, y reproducido en el periódico argentino Clarín, con traducción de Josefina Tapia, el jueves 12 de febrero de 1987.

Nota 2: Henrik Ibsen fue el autor de "Un enemigo del pueblo"

Pon aquí tu espacio publicitario



Biografías

GEORGE ALEC EFFINGER

(1947-2002)

Por José Joaquín Ramos de Francisco

La biografía de hoy es de un autor cyberpunk. Aunque es una corriente literaria que no ha tenido continuidad dentro del género, ni tampoco sus autores se reconocían miembros de esta propia corriente, han dejado huella dentro del género y se pueden rastrear en numerosas obras actuales.

George Alec Effinger nació en Cleveland, Ohio, el 10 de enero de 1947 y estudió medicina en la Universidad de Yale. Fue uno de los escritores más eclécticos y humorísticos del género. Publicó cerca de 25 novelas y colecciones de historias cortas que permanecen prácticamente sin publicar en castellano. Se interesó por la ciencia-ficción cuando en 1970 ingresó en el taller de escritores de Clarion, dedicándose por completo a la escritura desde 1971. Escribió novelizaciones de series de televisión como "El planeta de los simios" y guiones para los cómics de Marvel.

Su primera novela *What Entropy Means To Me* (*Lo que la entropía significa para mi*, 1972), finalista del premio Nebula, gira en torno a la búsqueda de la realidad en un estilo entre dickiano y surrealista.

Cuando falla la gravedad (*When Gravity Fails*, 1986) es la mejor obra tanto de Effinger como de la corriente Cyberpunk. La novela se desarrolla en los bajos fondos de una ciudad prototípica de un futuro cercano en la que la cultura árabe y la tecnología de los chips dominan. Su estilo es el de las novelas policíacas hard-boiled. La novela fue finalista de los premios Hugo, Nebula y segunda en la votación para el Locus. Effinger también escribió *Un fuego en el sol*, novela finalista del Premio Hugo de 1990, y *El beso del exilio* como continuaciones suyas.

En 1988, su novela corta, "Schroedinger's Kitten" (*El gato de Schroedinger*) ganó los premios Hugo y Nebula.

George no solo fue un autor de novelas serias sino que también tiene cuentos humorísticos algunos tan graciosos como la parodia de los mitos de Cthulhu titulada *Maureen Birnbaum and the Looming Awfulness* (*Maureen Birnbaum y el horror que surgía amenazador*), *The Aliens Who Knew, I Mean, Everything* (*Los extraterrestres que conocían todo*) o *Mars Needs Beatniks* (*Marte necesita Beatniks*).



Entre otros excelentes cuentos, ya fuera del terreno humorístico, están My old Man, publicado en 1985 en The Twilight Zone, cuyo protagonista juega una partida de ajedrez electrónica por el alma de su padre.

George fue un fan del béisbol y los culebrones. Por un tiempo obtuvo unos ingresos excelentes trabajando para la web de Days of Our Lives. También era una gran aficionado a la buena comida como no era menos de esperar viviendo en Nueva Orleans, ciudad en la que abundan los buenos restaurantes. De hecho elaboró la guía de comidas para la Worldcon de 1988 de Nueva.

También cabe señalar que publicó bajo los pseudónimos de John K Diomedes, O Niemand y Susan Doenim

George Alec Effinger murió el 26 de abril de 2002 en su casa de Nueva Orleans de una hemorragia interna provocada por una úlcera sangrante.

Bibliografía:

- Hermanos (1973), Andrómeda, Más Allá Ciencia Ficción
- Cuando falla la gravedad (1989), Ediciones Martínez Roca, S.A.
- El beso del exilio (1991), Ediciones Martínez Roca, S.A.
- Un Fuego en el Sol (1991), Ediciones Martínez Roca, S.A.

© José Joaquín Ramos de Francisco

Madrid, 1964, licenciado en biología. Actualmente trabajo como profesor en un Instituto. Soy colaborador de Sitio de Ciencia-Ficción (<http://www.ciencia-ficción.com>) y editor de este fanzine.

**ESPACIO
DESTINADO
A
PUBLICIDAD**

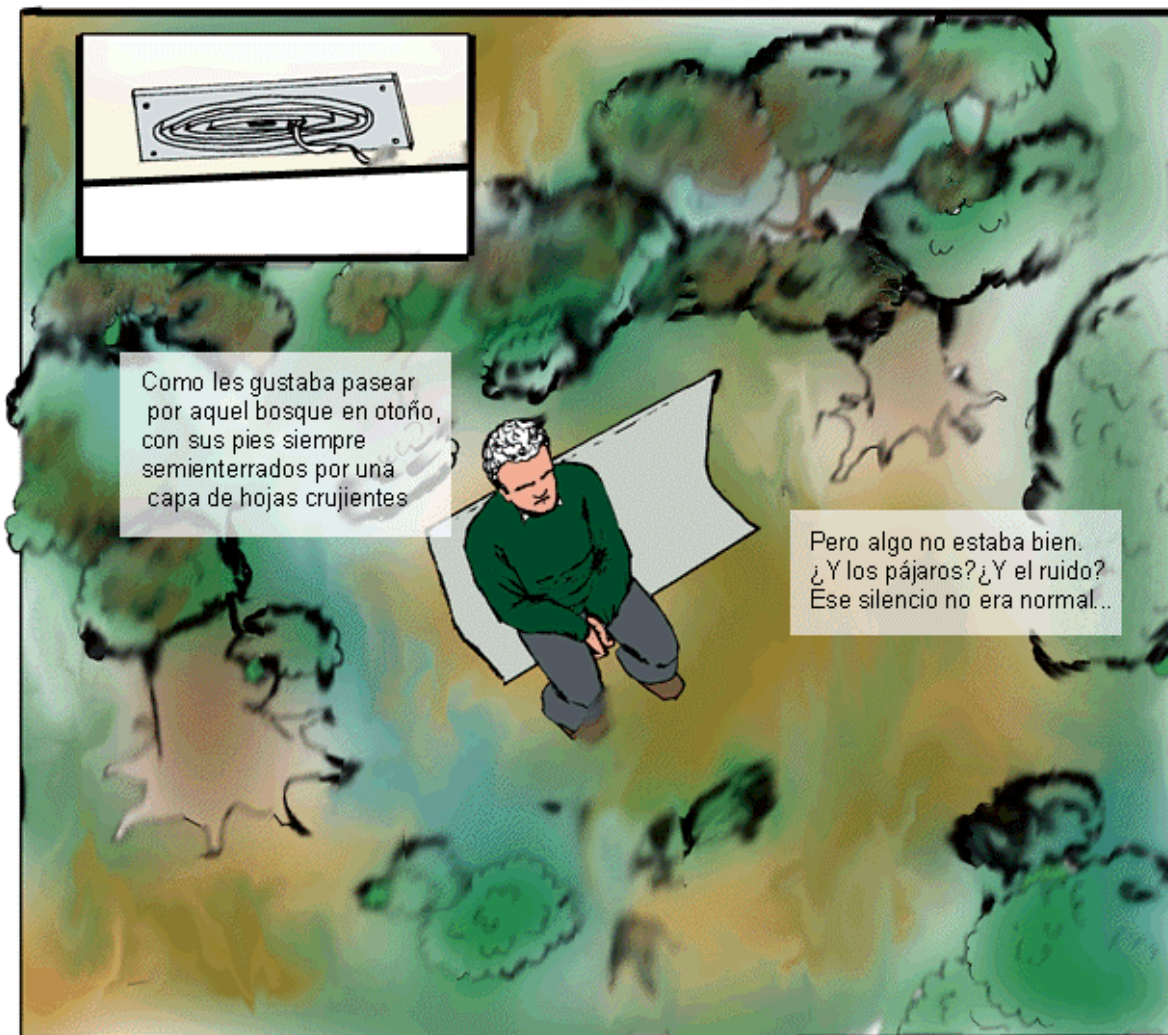


C ó m i c

Argumento: John Siwen.

Dibujos: Cucha



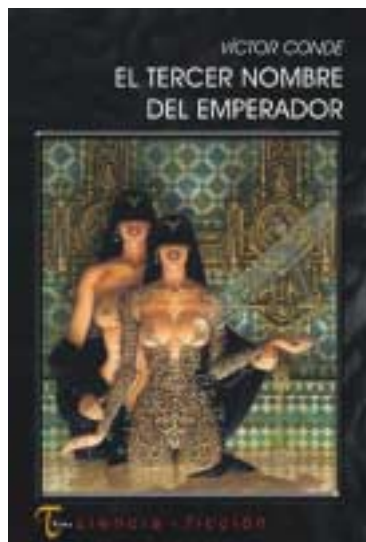






Noticias

El tercer nombre del emperador



Ficha técnica:

Autor: Víctor Conde

Editorial: Equipo Sirius

Colección: Tau

PVP: 19,00 Euros.

Portada: Chichoni

Contraportada: El Emperador Gestáltico formado por la comunión mental de cuatro Arcontes se muere. Los poderes fácticos trabajan para sustituirle y asegurar la continuidad de un gigantesco Imperio cuya piedra angular son sus capacidades psíquicas. La búsqueda de candidatos lleva a los exploradores hasta las puertas de Esperanza, planeta donde vive la joven niña prodigio Sandra, cuyo terrorífico pasado infantil la ha condicionado en contra de un Imperio que ella

considera opresor y dictatorial. Pero en su interior puede esconderse la tercera candidata para ocupar el trono policéfalo, el Tercer Nombre del Emperador, y de su decisión dependen mil planetas que están a punto de enfrentarse al mayor peligro de su historia: una fuerza imparable y destructiva de origen desconocido y un alcance que trasciende épocas y lugares, galaxias y líneas temporales, hasta amenazar el mismo fin del Universo.

Biografía:

El autor VÍCTOR CONDE (Santa Cruz de Tenerife, 1973) estudió Psicología e Imagen y Sonido y trabaja como programador de sistemas. Aunque su llegada al mundo de la ciencia-ficción es relativamente reciente, ha publicado en diversos medios este último año, incluyendo las revistas 2001 y Gigamesh, Visiones 2001, Artifex Segunda Época, y un nutrido grupo de fanzines y revistas electrónicas. Ha creado la serie de aventuras Piscis, cuyo primer volumen ha sido publicado recientemente. En la actualidad trabaja en varias novelas y un guión cinematográfico de género fantástico.

Otros datos de interés:

El libro cuenta con una excelente banda sonora compuesta por el grupo tinerfeño REX-DEUS. Los componentes del grupo trabajaron sobre resúmenes de la novela elaborados por Víctor Conde. Además el libro fue dividido en cinco partes (Delos, Esperanza, Coronación, Destrucción y Desenlace) que dieron lugar a otros tantos fragmentos musicales. Cada uno de ellos posee un estilo musical diferente que, según la banda, es el que mejor se ajusta a cada una de las partes de la novela.



Tanto Víctor Conde como de Rexdeus han expresado su deseo de colaborar en futuros proyectos.

A continuación se detallan la interpretación y explicaciones de cada unas de las partes:

DELOS

Explicación

Fragmento que sirve de "obertura", a la banda sonora. Nos introduce en el avanzado mundo que supone Delos, como capital del imperio. Es el tema técnicamente más complejo, apoyado en el sonido de sintetizadores y ritmos programados, para crear una atmósfera de estética futurista. Si bien en el libro, Delos aparece después que Esperanza, nosotros decidimos utilizarlo como inicio, por sus posibilidades sonoras.

Letra

Delos, luz sin sombra
Delos, una ilusión
perfecto en su obra
como un cuadro
en movimiento
No hay sudor
no hay lamento
máximo poder
sobre pilares de saber
letra: Antonio H. Salinas

ESPERANZA

Explicación:

Es la representación del planeta de origen de Sandra. Esperanza, aparece como un paisaje bucólico, con prados verdes, ríos y cascadas de agua. Es un tema sencillo, con protagonismo de instrumentos acústicos, que en contraposición a los empleados en Delos, da una idea de las diferencias tecnológicas de un lugar a otro. El solo de guitarra acústica y flauta, puede servir para entender la soledad de la protagonista.

CORONACIÓN

Explicación:

Como su nombre indica, es la "imagen sonora" del momento en que Sandra, culmina su proceso de formación como Arconte. Inspirado por el sonido de grupos como Queen, este pasaje, recrea con la profundidad y dimensión de las orquestas, la grandiosidad del momento que representa, apoyado en guitarras y baterías de corte sinfónico.

DESTRUCCIÓN

Explicación:

Su nombre deja poco lugar a dudas. El grupo eligió un tema de estilo hard-metal por su contundencia, para representar la fuerza destructora de origen desconocido que amenaza a todos los planetas del Universo.



LA CALMA

Explicación:

Se convierte en un pasaje de necesidad "musical", para pasar de la destrucción al epílogo de la obra, no por su representación en la obra escrita, sino por favorecer el enlace de las dos últimas partes del disco.

DESENLACE

Explicación

Sin pretender desvelar el final de la obra escrita, Desenlace, se erige como el punto álgido de la banda sonora, con las voces de Mariana y Guacimara en el papel de la propia Sandra, que autoproclama su identidad como persona, tras todas las vivencias del libro. Es el más clásico de todos los fragmentos que componen la obra, en un sentido "pop-rock". Basado en una secuencia de melancólicos acordes, da fin a la obra con un solo de guitarra que nos traslada al fin de los tiempos, para despedirse.

La banda sonora se puede obtener por correo electrónico escribiendo a bsoemperador@hotmail.com.

Letra

No soy un ángel
tan siquiera un demonio
una alma plena de odio
tan frágil como el cristal
No he perdido esperanza
No he perdido reunión
"Mi nombre es Sandra"
"Mi nombre es Sandra"

letra: Antonio H. Salinas

FUENTES:

CONTRAPORTADA DE EL TERCER NOMBRE DEL EMPERADOR
REXDEUX

Curso de ciencia-ficción

Por BEM Web

Bajo el título de Escritura fantástica y de Ciencia-Ficción, el portal Escuela de letras.com propone un curso taller en Internet sobre ciencia ficción. Este es su texto promocional:

"Este curso muestra los mecanismos internos de los géneros fantástico y de ciencia-ficción, para que los alumnos puedan reconocer su poética en obras ya leídas o por leer, y aplicarla en su propio trabajo de creación.

La escritura fantástica y de ciencia-ficción expone las obsesiones humanas más primigenias: las utopías, el miedo a lo desconocido, el fin del mundo, los viajes a través del tiempo y del espacio, el horror que nos rodea y nos negamos ver. El curso analiza como se modifican esas obsesiones en la historia del género.



Recorreremos ambos géneros desde sus orígenes para verificar que los mitos representan una de las fuentes más destacables de la ciencia-ficción y que las narraciones de viajes constituyen una de las primeras pautas del género. Analizaremos en la búsqueda de la ciencia el modo de acabar con los prejuicios, y estudiaremos la influencia de la literatura fantástica y de ciencia-ficción en el realismo moderno. Un estudio comparativo nos dará las claves para el análisis de estos géneros a través de la historia.

El curso examinará los avances generados a partir del siglo XX. La lectura de las obras más significativas de ésta época, así en el cuento como en las novelas, nos dará las claves y las causas de las modificaciones observables en la actualidad.

Los ejercicios prácticos planteados para cada uno de los dos niveles de 11 sesiones de los que se compone el curso nos irán descubriendo los mecanismos internos que configuran el carácter de las obras fantásticas y de ciencia-ficción de la única manera posible, de una manera práctica.

El Taller se divide en dos niveles de once sesiones. El plazo de matrícula para los tres niveles se cierra el próximo miércoles 2 de octubre de 2002 y el día de comienzo de las clases será el viernes 4 de octubre de 2002. El precio de cada período (2) de 11 sesiones (nivel) es de 250 euros".

Los interesados o curiosos pueden visitar la web de escueladeletras.com donde hallarán más detalles.

Nota: ni BEM web ni yo nos hacemos en ningún caso responsables de estos cursos ni de la información que sobre ellos se ofrece, que ha sido extraída directamente de la web de escueladeletras.com.

Premios Locus 2002

Por BEM Web

Los premios Locus 2002 fueron anunciados el pasado viernes 5 en la WesterCon de Los Angeles (EEUU). Estos galardones se conceden anualmente por los lectores de esta veterana revista norteamericana de noticias.

La maestro de ceremonias fue, precisamente, la escritora Connie Willis, y solamente ella y Jacqueline Carey y el director de Tor, Tom Doherty, estuvieron presentes para recoger sus premios. Esta es la relación de ganadores en las principales categorías:

Mejor novela de ciencia ficción: *Passage*, de Connie Willis (Bantam).

Mejor novela de fantasía: *American Gods*, de Neil Gaiman (Morrow).

Mejor primera novela: *Kushiel's Dart*, de Jacqueline Carey (Tor):

Mejor novela corta: "The Finder", de Ursula K. Le Guin (Tales from Earthsea, Harcourt)

Mejor relato: "Hell Is the Absence of God", de Ted Chiang (Starlight 3, Tor):



Mejor relato corto: "The Bones of the Earth", de Ursula K. Le Guin (Tales from Earthsea, Harcourt).

Mejor colección de relatos: Tales from Earthsea, de Ursula K. Le Guin (Harcourt).

Mejor antología: The Year's Best Science Fiction: Eighteenth Annual Collection, de Gardner Dozois, seleccionador (St. Martin).

Mejor obra de no ficción: Being Gardner Dozois, de Michael Swanwick (Old Earth Books).

Mejor director editorial: Gardner Dozois.

Mejor revista: The Magazine of Fantasy & Science Fiction.

**ESPACIO
DESTINADO
A
PUBLICIDAD**